

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, MARZO 5 DE 1882.

BIMBO

(Conclusion).

Julian coloca el primoroso dogo cerca de la ventana, declarando que todos van á creerlo vivo y con malicioso retintin agrega: «Ahi, quieto señor doguito, sin moverse, ni ladrar ni. para ejemplo de perros curiosos, inquietos, fastidiosos y enfermos. Y tal diciendo, lanza una mirada espresiva al king charles que tan mal quiere.

Los paseantes miran curiosos al bien imitado dogo y se detienen exclamando: «Que maravilla!»

«Bimbo mio», dice Elvira á su perrito amado: «Porque tienes la naricita caliente y las patitas frias?»

Mira afectuoso Bimbo á su dueña y le responde con aquella tierna y profunda mirada de los perros, que tanto espresa.

«Bimbo, la seda de tus orejitas está opaca y pegajosa» y Elvira besa la cabecita febril del abatido king charles repitiendo: «porque?»

Pero no es ilusion, Bimbo no huele bien. Elvira se sobresalta y fija en su favorito una mirada investigadora, sospechosa, casi hostil; é inconciente la niña deja caer de sus rodillas al mimado perrillo, que va rodando pesadamente como cuerpo muerto, debajo de un sofá, donde queda olvidado. Van llegando amigas y primas y vecinas á festejar el gato aniversario. Las unas traen preciosas muñecas articuladas y parlantes, las otras canastillos de flores artificiales, que parecen recién cortadas de la planta y que cubren azucarados bombones franceses, muy del gusto de la golosa Elvira. Nadie viene con las manos vacías; abanicos, sombrillas diminutas, se acumulan en pintoresco desorden sobre una mesa cubierta de regulos, de

chiches, que examina, comenta y festeja la graciosa parlera turba juvenil.

El dogo es objeto de grande admiracion y asombro.

«Bonito no es» dice una de las primitas. «Pero parece vivo!» «Y no come,» agrega una gordita rubia bastante tragoncilla.

Pregunta por Bimbo una de las vecinas y Elvira toda entusiasmada con sus regalos, con sus galas, que la coquetilla viste de blanca gasa con volados encañutados, cintura azul marino y zapatitos dorados dignos de *Cendrillon*, responde con distraccion:

«Bimbo creo que está enfermolo.» Debajo del sofa tiritita en tanto el desdeñado favorito, devorado por la fiebre, destrozado por la envidia y por agudos celos. Las niñas rodean al amarillo dogo de ojos redondos, fijos, y cabeza negruzca; lo festejan á porfia, lo tocan primero con timidez y recelo y luego lo alzan en brazos, lo mecen y lo declaran una monada. Ayl del misero olvidado debajo del canapé! Pero la copa de amargura aun no desborda.

El travieso Julian comienza á llamar á «Bimbo Bimbo, el misero animalillo, en el cual la obediencia pasiva es una segunda naturaleza, estira con dificultad sus miembros entumecidos y sacudiendo un sopor invencible, trata de arrastrarse hasta su cruel enemigo. Mil punzadas hieren el cuerpo del king charles, como si lo cubriera una capa de ortigas.»

«Como se rasca Bimbo» exclama el malicioso primo: «Mira Elvira—si estará sarnoso?»

Horror! Aquella palabra llena de espanto á las alegres niñas, que huyen desfavoridas en bullicioso tropel.

Bimbo se rasca, se destroza como un desesperado, y sus ojos rojos, vidriosos, lanzan fuego.

Las chichelas han huido presurosas al jardin; el desdichado king charles oye sus alegres voces y aquel pobre corazon de perro, que siempre hizo eco al gozo de sus amiguitas, se oprime dolorosamente.

Elvira recordando de repente el olor extraño que al besar á su perrito sintió, exclama con ironia cruel, que recuerda el «cet age est sans pitie» de Lafontaine:

«Apuesto niñas á que mi doguito no se ha de poner sarnoso, como Bimbo.»

Bien las locuelas en coro y tomándose de las manos, rodean al apacible dogo, que parece fijar en ellas sus ojos inmóviles con espresion severa. La ronda catonga se interrumpe de repente, que una de las primas mayores exclama con cierta gravedad:

«La sarna se pega!»

El espanto se pinta en los juveniles semblantes, callan las niñas. Elvira como herida por ponzoñosa zaeta, arroja un grito y corre á refugiarse en los brazos de su bella mamá, que aparece en ese momento en el jardin.

«Mamá, Mamá mia,» exclama sollozante la voluble Elvira, «Bimbo está sarnoso y acabo de besarlo.»

Calma la madre amorosa á la aterrorizada niña con caricias, con razones, y la palabra del doctor Sanchez, el oráculo de la familia, que se halla presente por fortuna, pone fin al triste incidente.

«La sarna del perro no es contagiosa» dice el buen discipulo de Esculapio con gravedad; y su piadoso embuste vuelve la paz al conturbado espíritu de Elvira, que corre á anunciar la fausta nueva.

Las chiquillas hablan todas á un tiempo, rien, se abrazan, que en esa edad el gozo es siempre espasivo y los interrumpidos juegos van de nuevo á empezar con mayor brio.

«Hum, dice una ñatita escéptica de ocho abriles, «yo por las dudas no me acerco mas á Bimbo.»

Aquellas palabras fueron la sentencia del desventurado king charles.

Un sirviente mal entrizado, de esos seres que no penetran nunca en los salones dorados, en los retretes perfumados y que sirven en las casas de familia para esas faenas disgustosas que tanto preocupaban al buen Fourrier en la distribucion equitativa del trabajo en su talanterio, fué el eucargado de ejecutar

la sentencia que la ingrata dueña dejó caer de sus labios de rosa sobre el autes tan amado favorito.

No fué ésta tan sangrienta, como la de la ofendida Reyna doncella al saber la traicion de su bello Leicester. Pero si Bimbo no fué sentenciado á muerte, el destierro no es acaso algo que mucho se le parece?

Con angustiosos ojos velados por lágrimas, que no sé si brotaban del corazon del pobre Bimbo ó del virus ardiente que devoraba su cuerpecito delicado contemplaba celoso el king charles desde un rincon, al inmóvil amarillo dogo de ojos redondos. Bimbo lo creia tan perro como él y como tal susceptible de amar y ser amado. De ahí su envidia, sus celos; que hombre ó perro no se encelará jamas sino de aquello que cree capaz de responder ó apreciar el afecto que inspira.

La inmovilidad de esos parpados relucientes, esa actitud correcta, fria, producen en el animal afebrado horrenda pesadilla vertiginosa. Bimbo quisiera no mirar al odioso dogo; no puede, una fuerza irresistible le obliga á devorarlo con avidas miradas. El exceso del sufrimiento arranca de su garganta seca un ahullido lamentoso que repite por tres veces.

«Si estará rabioso» dice el ejecutor del cruel decreto; que para las inteligencias vulgares del hombre del pueblo, todo mal en la raza canina debe forzosamente ir acompañado de un poco de rabia.

«No quiero tocarlo» agrega el prudente quidam y en vez de llamar afectuosamente al bien aprendido king charles, echa bruscamente sobre la cabeza del enfermo perrito una pesada alfombra que amenaza sofocarlo y lo lleva rápidamente á precipitarlo en *carcere duro*.

«Al cuarto oscuro» habia dicho la desapiadada dueña; y en el cuarto oscuro fué arrojado el mimado favorito de ayer, tan acariciado, tan querido.

Si una mano piadosa, oh misterios de la caridad! la de una ciega, que vivia en el fondo de la vasta morada, merced á las bondades de su opulenta dueña, no se hubiera apiadado de la sed y del hambre del desvalido, la muerte habria muy luego puesto un término á su angustioso penar. La anciana privada de vista, cuidó del repugnante ulimalito, que cual otro Job yacia abandonado en su miseria presa como el paciente Hebreo de asqueroso mal.

El vulgo sencillez ó profano que tanto odiaba el poeta latino, suele exclamar:

«Bien vengas mal, si vienes solo!» Este temor encierra un pensamiento profundo. Pensadores como Fourier, suponen la vida humana dividida en series de dias que van formando luego grupos separados, distintos. Quien no ha observado en su vida ese encadenamiento fatal de males, que parecen como las cuentas de un collar correr los unos tras los otros, con lenta, ritmica igualdad que nada detiene, hasta que terminado el grupo de dias malos, empieza otra serie á veces, oh dolor! mala tambien, á veces venturosa.

Despues de mucho reir, de mucho gozar y de no poco olvidar, vinieron las horas tristes para la suntuosa mansion; y el silencio, el sufrimiento, reemplazaron la alegría y la algazara de aquel y otros muchos dias de fiesta.

Corrieron las horas, las semanas; y una tarde vió el king charles que la puerta de su cárcel permanecia abierta, dejando entrar brillante rayo de luz. Con la esperanza siente redoblar sus fuerzas. Se sacude, estira los fatigados miembros y su sorpresa es dulce: nada le duele. Bimbo sale del cuarto oscuro, sin que nadie piense en huirle ni en impedir su paso. Su contento es grandel.

Familiares le son todos los sitios que recorre dichoso el pelado king charles, que si pudiera verse, no se reconoceria de cierto, pero no se da cuenta del silencio inusitado que reina en la vasta morada. Cruza patios solitarios, galerias desiertas, la casa parece abandonada. El inteligente perrillo se estremece, se inquieta: su olfato le guia, su corazon le conduce. Unos pocos pasos mas y llegará al coqueto aposento de su dueña que le es tan familiar.

La oscuridad mas completa envuelve el estrecho recinto, los postigos están cerrados y en un angulo del cuarto, arde apesar de ser de dia claro, una pálida lamparilla.

Bimbo entra sin ruido deslizándose suavemente, como si temiera sorprender ó ser sorprendido. Parece la sombra de si mismo y solo por el brillo de sus ojos, puede reconocerse en aquel perro flaco, pelado, feo, al sedoso aristocrático king charles. Ay! su corazon es siempre el mismo! Su mirada de perro fiel divisa sobre la blanca almohada una cabecita pelada tambien y un rostro entumecido cubierto de plucas negras.

Apesar de la máscara repugnante, horrenda, que la peste imprime sobre aquel rostro juvenil y bello, Bimbo recontece

á su dueña amada y salta presuroso sobre el lecho; sin reflexionar iba á decir, olvidando que Bimbo no era sino un perro. Sus caricias fogosas interrumpen la pesadilla cruel que oprimia á la enfermita. Elvira esclama con acento gozoso y voz temblorosa: «Es Bimbo! es Bimbo!» y de sus ojos hinchados brotan lagrimas.

El gozo del king charles no puede espresarse con palabras humanas. Ha vuelto á ser amado! Los brazos de Elvira en vez de desecharlo lo estrechan cariñosos. «¿Cómo, tú no me huyes Bimbo mio?» esclama sollozando la ingrata dueña, «y yo pude». Llanto dulce, llanto benéfico inunda las mejillas de Elvira, momento sublime! La luz acaba de penetrar radiante y pura en aquel corazon infantil.

En la tarde el buen Doctor halla la fiebre mas baja; y su sorpresa es grande al ver en la almohada dos cabecitas en vez de una. Y no acierta á darse cuenta de lo que es ese ser que se mantiene quietecito cerca de Elvira, alumbrando la estancia con dos chispas brillantes como negros diamantes.

Elvira sonrie por primera vez despues de muchos dias. «Es Bimbo» dice, «feo, pero Bimbo!» De repente le asalta extraño temor y con voz temblorosa exclama: «Por Dios, Doctor, no se le pegarán á Bimbo?» Y su manecita enflaquecida, indica su carita desfigurada por la peste.

«No, pichoncita,» responde conmovido el buen Doctor. «Veo que tienes un corazon de oro y para recompensarte te dire que ya mamá y tus hermanitos están casi buenos.» Y el buen Esculapio dejó el aposento mas conmovido de lo que pudiera suponerse en un hombre de sus años.

Es fama que Elvira fué la única de la familia que no quedó marcada de la viruela. El médico lo atribuye á su activo, tenaz empleo de depurativos, que usó no obstante sin éxito, con el resto de la familia. Pero entre la serriedumbre de la casa todos repiten sin sombra de duda: «Es la lengüita de Bimbo que no ha cesado de lamer y lamer, la pobre carita enferma.»

Yo no abro opinion ni á ese respecto, y esclamo como Bossuet: «solo Dios es grande!»

Diré para terminar, que el tiempo que todo lo cambia y transforma trocó á Elvira de fresco boton en precioso pimpollo y que su corazon de niña conoció mas tarde el amor por excelencia y fué,

amada por un mancebo bello y apasionado que con sonrisa cariñosa decia:

-Si yo pudiera tener celos de Elvira, los tendria del king charles, ciego y achacoso, que ella pretende la ama mas y mejor que nadie en el mundo!

¡Pobre Bimbo! Quien podrá superarlo, ni aun imitarlo!!

EDUARDA MANSILLA DE GARCIA.

AY DE TÍ!...

No me hieras así... ¿No ves que corre
A raudales la sangre de mi pecho?
¿No ves que en esa sangre se derrama
Toda la vida de un amor del cielo?

Déjame que combata con la suerte,
Atado á la cadena de mi lecho,
Sin ahondarme la herida que en el alma
Como una tumba ensangrentada llevo!

Vé á descargar el golpe de tu encono
Sobre quien pueda defenderse, al menos;
Astarlo á mi vida es tan cobarde
Como lo es apuñalar á un muerto!

¡No me vuelvas á herir, porque la sangre
Con odio y hiel envenenada tengo,
Y ¡ay de tí! si la frente te salpica
Una gota, no mas, de ese venenol

G. MENDEZ.

¿HA SIDO JUZGADO EL DON QUIJOTE SEGUN ESTA OBRA MERECE?

Pocas preguntas pudieran hacerse en literatura que llevasen el aire de una paradoja tanto como la presente. Los muchos literatos distinguidos que han consagrado sus tareas á ilustrar, comentar y analizar este prodigio de los partos del ingenio, parece que hayan debido decirlo todo, particularmente cuando los nombres de Mayans, Garces, Sarmiento, Capmany, Rios, Bowle, Pellicer, Eximeno, Navarrete y Clemencin son abonados fiadores de la estension, solidez y tino con que han tratado cuantas materias han emprendido. No obstante, sin que se entienda que pretendo rebajar la justa reputacion de los escritores que he mencionado, se me permitirá apuntar ciertos olvidos,

muy esenciales á mi ver, que han padecido, contentándome en este artículo con hacer ligeras indicaciones, pues si les diese la debida latitud, formarian un volúmen bastante abultado.

El *Don Quijote* debe examinarse como obra literaria y como libro moral. Bajo el primer punto de vista ha de considerarse su plan, su estilo y su lenguaje; y bajo el segundo, el fin que el autor se propuso, cómo lo consiguió, y si el resultado ha sido ventajoso ó perjudicial á las costumbres, y de consiguiente á la sociedad. Sobre ambos extremos procuraré repetir lo menos que pueda de lo que otros hayan dicho, pues mi objeto es refutar los que en mi sentir son errores que estan generalmente admitidos; estendiéndome algo mas en las observaciones que los comentadores, analizadores y apologistas han pasado en absoluto silencio, ó se han contentado con indicar solamente; siendo así que debieran fijar la atencion de todo hombre observador. No hay otro medio de dar alguna novedad á estos apuntes, para que no se desdeñen de leerlos los que suponen la materia del todo agotada.

Voltaire dijo que el primer tipo del *Don Quijote* habia sido el *Orlando* de Ariosto, Rios sostuvo que es una imitacion de la *Iliada* de Homero, Pellicer lo encontró vaciado en el *Asno de oro* de Apuleyo, y no faltará quien se fatigue todavia en nuevas investigaciones para averiguar el modelo que tuvo á la vista el escritor complutense. Cervantes no se propuso imitar á nadie, porque los ingenios colosales, cuando obran inspirados, no tienen mas guia que el estro que les anima, y sus obras, cuales las dicta el número de que rara vez se ven poseidos los mortales, son las que debemos admirar y acatar, como que están esentas de los frios retoques del saber y de la lima. Una de las razones por que es un portento el *Quijote*, es por haber sido tan sensato su autor, que no volvió á poner la mano en la obra, ni siquiera para corregir los descuidos y contradicciones que se le escaparon en el primer calor, y mucho menos para enmendar las frases y las palabras.

Mas de una vez dió á entender Cervantes que no era otro su deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballeria (parte II, cap. LXXIV); pero al cabo él no compuso sino una novela de este mismo género. Su objeto pues no fué satirizar la esencia

y fondo de los libros caballerescos, puesto que aumentó su número, sino purgarios de los disparates é inverosimilitudes que espresó por boca del canónigo en los capítulos XLVII y XLVIII de la primera parte.

Poco importa ahora deslindar si esta ingeniosa fabula pertenece á la escuela clásica ó á la romántica. En ambas se puede sobresalir, por muy encontradas que á algunos parezcan; y así lo que se necesita siempre es entrar á escribir en el lleno de ideas, conocimientos y calor que la materia requiera. A la cumbre del Parnaso han llegado por distintos caminos, y en ella se hallan laureados con inmortales coronas, Tasso y Ariosto, Moliere y Shakespeare. *La verdad sospechosa*, comedia arregladísima de Ruiz de Alarcón, siempre podrá compararse con las mejores de Lope de Vega y Tirso de Molina. Sin embargo, no defraudemos al romanticismo de la gloria de poseer el mejor libro de cuantos se han escrito.

El arrobó mental que movió la palma de Cervantes desde que lo principió, no le abandonó hasta el fin, á pesar de haber trascurrido diez años entre la impresion, y acaso entre la formacion de una y otra parte. Pero el lugar en que se engendró la primera que fué en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion, le proporcionó al autor ser mas original que en la segunda, en la que por tener mas á mano los libros, y por estar menos agitado, se descubre una que otra vez al escritor por entre los destellos de la luz superior que le dirige. Esta circunstancia no recomienda poco la primera parte, porque para mí la dote principal del *Quijote* es la originalidad, á causa de lo difícil y casi imposible que es conseguirla en estos tiempos, en que empleamos la mayor parte de nuestra vida en leer y estudiar lo que otros han dicho. Homero y Hesfodo tuvieron poco que trabajar para ser originales, si ya no quiere suponerse que se han perdido los escritos sobre que ellos formaron los suyos; mas si nosotros repetimos alguno de sus pensamientos, aunque nos haya venido naturalmente, no podremos librarnos de la nota de plagarios ó imitadores. La necesidad de parecer eruditos nos priva del fruto que sacaríamos de nuestra propia meditacion, y pocos han sabido amalgamar una vasta lectura con su produccion, de modo que constantemente sobresalga el ingenio del escritor, como sucede en el

Don Quijote, singularmente en la parte primera.

Con paz sea dicho de don Vicente de los Ríos, de Navarrete y de cuantos han sostenido lo contrario, si Cervantes no confirmó el fallo dado por el mismo (parte II, cap. IV) de que *nunca segundas partes fueron buenas*, hizo patente por lo menos que siempre son inferiores á las primeras. Si don Quijote cree, al comenzar su carrera andante, que los seis mercaderes toledanos son otros tantos caballeros, y un pobre labrador el marqués de Mantua; si luego se figura que el sabio Fríston ha hecho desaparecer el cuarto donde estaba la librería; si arremete después á los molinos de viento y á los dos monjes de San Benito; si le apalean los yangüeses y le deshace las quijadas el arriero por recobrar su coima; si las dos manadas de carneros se presentan en su fantasía como otros tantos ejércitos, cuyos capitanes y gentes enumera; si la aventura del cuerpo muerto y la horripilante de los batanes se lo parecen en realidad; si se encuentra con un barbero, y su bacía se le figura el yelmo de Mambrino pintiparado; si pelea con Cardenio en defensa de la reina Madáxima, socorre á Dorotea teniéndola por una princesa, y batalla con dos cueros de vino suponiéndolos gigantes; si se cree eternamente encantado cuando le ata Maritornes de la muñeca; si la contienda, alboroto y confusión de la venta le recuerdan la discordia del campo de Agramante; si puesto en una jaula y en un carro, se reputa encantado de veras; y si por fin después de la inopinada contienda con el cabrero, acomete á la procesion de los disciplinantes que llevaban á la Virgen en unas andas; todos estos acontecimientos, con otros muchos que podrían acumularse, son casuales, y como el lector no los prevé, le sorprenden agradablemente.

Pero la segunda parte principia por nueve capítulos, que si bien abundan en diálogos graciosísimos, no refieren suceso alguno, y tampoco lo hay de grande importancia desde el capítulo XVII hasta el XXI. La aventura del caballero del Bosque, referida en los capítulos XII, XIII y XIV, aunque llena de chistosos incidentes y alegres circunstancias, pierde mucho de su mérito por estar preparada por el bachiller Sansón Carrasco, y desde que en el capítulo XXX reciben á Don Quijote los duques, personas que gustaban divertirse, nos parecen ya menos maravillosas la aparición de Merlin, la aventura

de la Trifaldí, la venida de Clavileño, el gobierno de Sancho, el gateamiento, la batalla con el lacayo Tósilos y la resurreccion de Altisidora. De igual catadura son la cabeza encantada y la visita de las galeras, dispuestas ambas cosas por don Antonio Moreno, *caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable*, á quien Roque Guinart habia comunicado cuál era la especie de locura de Don Quijote. Son forzadas y traídas por los cabellos las diatribas contra la *segunda parte* de Avellaneda, que se hallan en los capítulos LIX, LXX y LXXII, siendo un poco mas natural lo que sobre este particular se dice en el LXXIV.

En cambio de lo mucho que se debilitan todos los acontecimientos que acaban de mencionarse, por no causar verdadera sorpresa al lector, la producen sin disputa la trasformacion de una labradora en Dulcinea del Toboso del capítulo X, la aventura de los leones del XVII, la escena del titerero del XXVI, la del rebuzno del XXVII, la del barco encantado del XXIX, la entrevista con la dueña Rodríguez del XLVIII; las aventuras de las santas imágenes, de las contrahechas pastoras de la Arcadia y de la torada del LVIII, el combate con el caballero de la blanca luna del LXIV, el atropellamiento de los cerdos del LXVIII; y sobre todo es igual, si ya no superior á lo mas bello de la primera parte, la descripcion de cómo bajó á la cueva de Montesinos y de lo que allí vió don Quijote, según lindísimamente se refiere en los capítulos XXII y XXIII. Este trozo es uno de los mas delicados é ingeniosos de toda la obra. No obstante resulta de la reseña que llevo hecha, que en la invencion, que es la circunstancia principal en los libros de esta clase, tiene que ceder la palma la segunda parte, aunque se halle mas despejada de episodios, y se sujete mas, si se quiere, á los límites de la narracion histórica. Estas dotes por sí solas no atestiguan su superioridad, así como nadie disputa la del plan y lenguaje del *Persiles* sobre los del *Quijote*, sin que por eso crea igual el mérito de ambas obras, pues la posteridad ha fallado definitivamente á favor de la última, condoliéndose de que su autor mirase con tanta predileccion á la primera.

El estilo del *Dan Quijote* ha sido reputado siempre por todos los buenos hablitas, como uno de los mas castizos, fluidos, graciosos y variados del siglo de oro de nuestra literatura. Sin embargo, le lleva

ventajas, según poco há he indicado, el del *Persiles*, que se aparta mas de la construccion latina, seguida á veces afectadamente en el *Quijote*. No se entienda por eso que juzgo fundados todos los reparos que insinúa Capmany en las páginas 433 y 434 del *Teatro de la elocuencia española*, ni menos que tengo por desaliñadas y viciosas todas las locuciones que Clemen-cin nota de tales en su *Comentario*, ni por necesarias muchas de las variantes del texto que ha adoptado.

Las palabras son en general propias, oportunas y selectas, y su colocacion admirable, según lo comprueba una observacion que me parece concluyente. El que sabe de memoria un capítulo del *Quijote*, no puede recibir placer de leerlo, porque el texto no le dirá mas de lo que le recuerda aquella; pero si está enterado solamente de los pormenores de alguna aventura, y aun cuando lo esté de lo mas principal de la narracion y del diálogo, siempre halla escrito el pasaje con una gracia que le embelesa. Luego el chiste y donaire del *Don Quijote* consisten, no solo en lo bien dispuesto de las escenas, en la belleza de las descripciones, en estar perfectamente sostenidos los personajes, y en ser naturales y entretenidos sus discursos, sino en lo escogido de las palabras y en la misma colocacion de ellas, que son las únicas pequeñeces que solemos tener olvidadas las que tantas veces hemos leído y estudiado al *Ingenioso hidalgo*.

Esto prueba tambien que no puede traducirse en otra lengua, y que perderia muchísimo con la variacion de trasladarlo al castellano corriente de nuestros dias. Que se me diga sí, cómo retendríamos al presente la concision y sal de las muchas élfipsis que se hallan esparcidas por toda la obra del género de las siguientes: «Os ruego que escuchéis el cuento que no le tiene de mis desventuras» (parte I, capítulo XXVII) «En término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza» (capítulo XXVIII). «Todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos» (ibid). «Con pensamiento que ellos miran el mio, ajeno de la honestidad» (capítulo XXIX) «Quiero leerla por curiosidad, quizá tendrá alguna de gusto» (capítulo XXXII). «Pues que en efecto él ha de salir á la plaza, quiero sea en la del archivo de tu secreto» (capítulo XXXIII).

VICENTE SALVA.

(Concluirá)

EN EL CEMENTERIO

Visité la necrópolis desierta
 Cuando la luz postrera de la tarde,
 La calma de los campos, la hora triste,
 Dolorosos recuerdos, todo en ella
 Brindaba á meditar; solo el gorjeo
 Dulce de un ruiseñor, que entre el follaje
 De un árbol á cantar se deshacia,
 El solemne silencio interrumpia.

¿Será verdad?... Como impulsada corre
 Por inflexible ley la fuente al rio,
 Y el rio corre al mar, y en él se pierde,
 Asi la vida en rápida carrera
 Va á la nada, al no ser, piélagos inmenso,
 Callado y tenebroso; nadie pudo
 Arrancar á la esfinge, que ese abismo
 Tiene á su entrada, la segura clave
 Del enigma fatal; nada se sabe
 De esa negra region; no ha vuelto un hombre
 Á decir á los otros: "Yo he gozado
 "Nueva existencia de la tumba allende,
 "Y la esperanza os traigo y el consuelo
 "De la inmortalidad; isla invisible
 "Es vuestro globo en el espacio, donde
 "Hoy duerme la sedienta caravana
 "Para marchar al porvenir mañana."

¿Será verdad, ó creacion del miedo,
 Que ese terrible ser, Dios ó la ciega
 Materia bruta, inagotable origen
 De cuanto puebla la extension, sus hijos,
 Como Saturno, sin cesar devora,
 Sordo al lamento universal?...

Se hundieron

Entre el fragor de horrendas convulsiones,
 Magníficas naciones
 Que llenaron los siglos con su fama,
 Y de su nombre ni memoria queda:
 Babilonia y Persépolis murmuran
 Aun el suyo, mas no con la palabra
 De su grandeza y juventud caidas;
 Con la voz de sus ruinas lastimera.
 Hundióse la virtud y hundióse el vicio
 Al golpe igual de inexorable fallo:
 Sócrates y Focion, romped la copa
 De la amarga cicuta estéril fuera
 El sacrificio; en el ignoto imperio
 De las sombras eternas no florece
 El árbol de la vida; allí perece
 Con la inocente víctima el verdugo;
 Lucrecia con la impura Mesalina
 En el abismo se sumerge, y cae
 Con Espartaco el que azotó su rostro
 Y lo amarraba á la servil coyunda.
 Al mártir de la idea

¿De qué le servirán la generosa
 Fe y ardimiento varonil, que espantan
 Al injusto opresor? ¿De qué á la virgen
 La gracia y castidad que la embellecen.

Ni su candor al niño?...

El que los astros

Sembró en el infinito, como flores
 Del jardin sideral, ó claras notas
 Que en inefable y armonioso ritmo
 Elevan nuestras almas,
 ¿Para que los creó, si cuando suena
 En el reloj del tiempo la hora suya,
 De la órbita natal siendo proscritos,
 Y errantes todos al acaso, espectros
 De mundos apagados,
 Tras sí no dejarán huella ni sombra?
 ¿Si una vez, pobres átomos perdidos
 En la materia cósmica, no vuelven
 Formas á dar y majestad completas
 Á la vida ulterior de otros planetas?

¿Para qué el pensamiento?... Con él roba
 Al cielo un rayo de su luz el hombre;
 Con él, entre la noche en que se agita,
 Ascende por la escala misteriosa
 Que lo invisible á descubrir le lleva;
 Y cuando el premio á su ambicion aguarda
 Este espíritu noble y valeroso,
 «¡Inútil es tu afán!» cruel le grita
 Una voz interior; y encadenado
 A la roca fatal de su destino,
 Infeliz Prometeo—por el crimen
 De elevarse del polvo—eternamente,
 Buitre implacable, bárbaro verdugo,
 Su corazon devora, que renace
 Una vez y otra al infernal suplicio,
 Haciéndole dudar este tormento
 Si es un don ó un castigo el pensamiento.

Envuelta del crepúsculo en la bruma,
 Álzase en el confín del horizonte
 La ciudad de los vivos,
 Cuyo rumor semeja al sordo y vago
 De una colmena, ó de marinas olas
 Que en la playa se estrellan:
 Aquí, profunda calma;
 El viento se ha dormido entre las flores;
 Su copa hácia la tierra el sauce inclina
 Como una frente pensativa, y canta
 La única voz que me recuerda el sitio
 Donde estoy de los hombres alejado
 Y de mi soledad acompañado.

¡Oh, bendita la voz mil veces sea
 Que de la tumba en el silencio se oyel
 Revelacion quizás del gran misterio
 Que el hombre anhela descubrir; la vida
 En el fecundo seno de la muerte,
 Que la mece cual madre cariñosa
 Al fruto de su amor: asi nacieron
 Del lodo de pantano corrompido
 Florecillas que al aire balancean
 Sus corolas azules, y en el hueco
 De poderosa frente
 Que lo creado contener ansiaba,
 —Del pensamiento alcázar soberano—
 Hosnédase la vida, siempre nuestra.

Como ántes en el hombre, en el gusano.

Mentira es el no sér; cuna el sepulcro;
 Nombre vano la muerte, dulce aurora
 Que la conciencia universal presiente
 De superior estado y claro dia;
 Pasa la forma, la sustancia queda,
 Y en mano del Artífice divino,
 Que sábiamente la modela, cubre
 La desnudez de nuevas ereaciones.
 Aquí su corazon, su fe, su ciencia,
 Su gloria, su dolor, esa nostalgia
 De un bien que disfrutó no sabe cuando,
 De una perdida patria, de otro mundo
 Cuyo recuerdo vago en el existe,
 Diciendo al hombre están: "Como el obrero
 "De sus mejores galas se atavia
 "Para acudir á la sonora fiesta,
 "Despojado ya tú del mortal velo
 "En este valle oscuro, cuando tocas
 "En él tu breve término, otro paso
 "El alma avanza, de esplendor vestida,
 "Á la ciudad eterna de la vida."

Mármoles, epitafios, sepulturas,
 Negros crespones, fúnebres coronas,
 Imponente silencio,
 Si al sentido carnal destruccion solo
 Anunciándole estais, otro, impalpable,
 El sentido interior, el verbo que habla
 A nuestro sér con luminoso acento;
 Lince penetrador del hondo arcano;
 Aguja siempre fiel, vuelta hácia el polo
 Que al espíritu guia,
 En mas bellos y puros horizontes
 Haciéndole pensar, viva mantiene
 La esperanza de toda criatura
 En bien supremo y perfeccion futura.
 La ruina de las cosas
 Es progreso, no fin; el polvo canta
 El himno eterno de la eterna vida,
 Transfigurado sin cesar;

le deben,

La luz, diafanidad; magia, el sonido;
 Su púrpura el clavel, y su perfume;
 La roca, sus cristales;
 El cielo, sus auroras boreales;
 Sus arenas la playa; el Chimborazo,
 La enormidad de sus gigantes cimas.
 Si cieno es hoy sin brillo,
 Fulgurará mañana en el diamante
 Ornato rico de nupcial corona;
 Si pobre resto fué de un infusorio,
 Nacerá despues sol, entre arrebales,
 Al polvo unido ya de muertos soles.

Pues si á vida inmortal está llamado
 Lo que no piensa ni ama,
 ¿Habrà de perecer su rica esencia,
 El espíritu activo que lo anima,
 De lo creado la porcion mas noble?
 ¿Méno que humo fugaz será la gloria?
 ¿Méno la gran tarea de la historia?

Esta labor pasmosa, el alma misma
Es de la humanidad; generaciones
Sin cuento, en largos siglos
Sublimándola fueron, y hoy mas bella
Es que del mundo en los primeros dias;
Y en tanto, cada espíritu—ya roto
El lazo material que aquí lo ataba—
Subiendo va con vuelo interminable,
De una esfera á otra esfera,
Hasta alcanzar la dicha suspirada
Con duelo siempre y con afán ganada.

Su obra santa en la tierra es el progreso;
En ella el fundamento, en ella el gérmen
Está del hombre nuevo; la crearon
La inspiración del vate y del artista;
El sabio, con la ciencia indagadora,
Que va de la verdad á la conquista;
El justo, con su ejemplo;
Con su pasión, el mártir: al pié de ella
Para elevar la fábrica sublime,
Sangre sudó el esclavo, y de sus ojos
Lágrimas desprendiéronse á raudales:
Al pié de ella, sentado
Sobre hediondo muladar, mostraba
Job—la paciencia humana vencedora
Del dolor enemigo—su profunda
Miseria y llaga inmundada

Que á escarnio cruel y á compasión movía.
Sesostris, Tamerlan, Fidas, Esquilo,
Augusto, Cristo, Guttemberg, Cervantes,
Galileo, Colón, Fulton, Daguerre;
Los unos, asolando

Con formidables huestes vengadoras
Grandes imperios corrompidos; otros,
Incendiando las almas con el fuego
De la palabra, que remueve el mundo
Por la virtud que le infundió la idea;
Este, volviendo el mármol carne viva
Y voz dándole al par; aquél, pulsando
Entre laurel y palmas,
Rey de la escena, las dormidas almas,
Que á su poder fascinador responden
Como lirás sonoras,

Con dulce llanto de íntima ternura
O de la pena con el ¡ay! amargo . . .
Todo, la idea, el hecho;
Lo que había, lo que canta, lo que llora
De tierra, cielo y mar en las regiones;
La razón, el instinto, las pasiones
Que ennoblecen al sér ó lo degradan;
El errante cometa despeñado
De las celestes cumbres; la hoja seca
Que en su vértigo arrastra el viento airado,
Todo trabaja y cumple su destino
Como instrumento fiel del plan divino.

¡Lluye, pavor del ánima cobarde,
Anamantada en el estéril pecho
De loca vanidad ó de fe ciega!
Tú rebajas á Dios hasta tu propia

Misera pequeñez, cuando lo finges,
Demente destruyendo la obra suya,
El limpio espejo en que su imagen santa
De toda eternidad se está mirando:
Aquí también nos la dejó esculpida;
Muéstrate, ¡oh corazón! sereno y fuerte,
Y hallarás la palabra de la vida
En el libro terrible de la muerte.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

SIEMPRE

Anoche he soñado contigo. Estabas
como antes, á mi lado, me hablabas de
tu cariño inmenso para mí, sonreías ante
la esperanza de mil promesas y besabas
amaute los encajes de mis ropas. . . .

La fuerza de aquel recuerdo, que
pertenece al secreto de nuestro poema,
me despertó. Se abrieron mis ojos y
volví á soñar contigo, mi vida!

Allí estabas, imagen de todos mis dul-
ces delirios, iluminando las sombras de
mi alcoba, con la claridad de tus ojos, y
el rayo de tu frente inspirada y noble. . .

Tu labio inmaculado, sonreía con esa
sonrisa que en tí, guarda la mas enorme
seducción; mi nombre feo, era como una
armonía en tu boca; sonaba á mi oído
como las notas de un arpa que suena
lejana con vibraciones celestes.

Allí estabas, única y adorada ilusión de
mi vida; eras tú mismo, con esa belleza
sobrehumana que Dios puso en tí, para
darte con ella la seducción irresistible de
un arcángel, y la atracción indefinible y
extraña de una criatura mortal.

Cuantas veces la realidad mas bella
me ha sonreído en las horas de mi exis-
tencia pasada como en aquel sueño de la
noche, bajo el recuerdo que despierta la
tristeza de la ausencia irremediable. . . .

¡Cuántas, como entonces, has llegado á
mí, sonriente y cariñoso, para dejar en
mi frente tu beso puro, como la sonrisa
de mi madre muerta, y tu palabra llena
del encanto sublime de tu alma.

Cuantas veces te he visto allí, *siempre*
allí, mi ángel de paz y de confianza,
alzando mi cuerpo y mi espíritu pos-
trados en la mas honda tristeza, en la
duda amarga que mata y anonada: cuan-
tas veces me has mostrado el cielo y me
has hecho tocar los astros con mi mano.

¡Cuántas, me has dado la vida con tu
presencia!

Si yo no te hubiera amado, como te
amo, si hubiera sido capaz del olvido
miserable, habría sin embargo sobrevivido

á todo cariño, mi gratitud. Has sido mi
amado y mi maestro, infinitamente mas,
has sido mi salvador! Oh! y que senti-
miento sin nombre se mezcla á este
cariño supremo que alienta mi corazón
para tí!

¿Quién eres, criatura noble y generosa,
que también sabes sacrificarte por la
dicha ajena?

¿Quién eres?

Oh! dime, tú eres de la tierra?

No eres un hombre?

¿Que eres entonces, acaso un Dios?

Yo he buscado anhelante todas las huellas
donde el hombre sienta su planta, y no
he hallado ninguna parecida á aquella
que tú dejas.

He sido una insensata en buscar la
huella de tu pié en la tierra.

Tú no caminas, vuelas con tus alas de
luz, llevas el rumbo de los cielos y eres
el ángel miol!

¿No es verdad que tu eres mi ángel? . . .

Un día me contabas tu sueño: que
hermoso sueño! Llevabas alas, me dijiste,
alas transparentes de mariposa, y cantabas
tras un bosquecillo en un excenario
fantástico.

Cuantas cosas bellas hablamos aquel
día, la alegría mas para resplandecía en
tu semblante divino, eras como siempre
á mi lado, un niño encantador.

Oh! y que diera por gozar otra vez de
tu presencia, así, en la mas inocente con-
fianza, así, apoyados el uno en el otro,
sin otro mas *allá*, que aquella dicha pura
é inmaculada.

Verte! oírte!

Todos, pueden hacerlo menos yo, yo que
te quiero y te adoro! Cuando despiertas
en la mañana recibes la caricia de todos
los que te aman y amas tú.

Y yo, que te amo mas que *todos*, tiendo
mis brazos en el vacío, te llamo en vano
á la caricia, á la caricia pura como el
beso sagrado de tu madre.

¡Ah! no estás allí! . . . nunca estarás
allí!

Jamás, jamás!

Y en la noche, á la hora en que todo
calla, el mundo duerme, y la luna surca
serena y espléndida el firmamento, yo
cruzo la alameda solitaria y me arrodillo
en *aquel sitio querido*, pensando en tí. Con-
verso con los astros, con las flores, con
los árboles, con la avecita amiga, aquella
que despierta con su canto inocente el
mundo ignorado de nuestros recuerdos.
Tú amas la naturaleza, por eso ellos son
tus amigos.

¿Y á quien mas puedo contarle los latidos de mi corazón?—me comprenderia alguien, una sola creatura del mundo?

No!

Después de ti, Dios y la naturaleza. Allá en el Eden solitario hay un eco de tu voz guardado en las hojas de los árboles, hay pisadas de tu pié pequeño sobre las arenas desiertas, hay perfumes tuyos, solo y exclusivamente tuyos, que impregnan la atmósfera de las ruinas solitarias. Allí beso la tierra donde tu pisaste, mas allá, contemplo el aro de luz que abren las ramas donde abriste los brazos, donde me enviaste tu último beso y descubriste tu cabeza bella, para decirme adios al partir.

Oh, mi vial

Yo he pasado allí, sola toda una noche.

¿Que hacia?

Una cosa sublime, pensar en ti, cruzar como un fantasma de las ruinas la alameda desierta, cruzar sola en torno de la casa abandonada y bajo el follaje de los árboles amigos. Aquellas ramas que tocaban mis ropas blancas, al pasar, me estremecian como si fueran tu abrazo amante; los rayos de aquella luna espléndida eran tus ojos iluminándome. Una vez me incliné sobre la flor, que abria allá entre las sepas sombrías del jardín abandonado, y la besé, bebí la gota de rocío que aprisionó en la aurora anterior y la guardé en mis labios.

Aquella flor sonrosada y fresquita era tu boca. . . Me parecia escuchar entre las hojas de los árboles tu voz, tu voz suave como una melodía sonora y blanda.

Te busqué en el espacio oscuro, en el camino bañado por la luna, en la alcoba de las ruinas, en el rincón lleno de polvo, pero solo el eco de mi pisada sobre las maderas hundidas resonó dentro las paredes y entre el follaje de las plantas

No estabas.

Los cristales que reflejaron tu imagen, lloraron conmigo, el guardián silencioso vino á echarse á mis plantas.

Estaba sola, sola en la morada abandonada!

Dime, no has sentido sobre tu frente hermosa, el beso de mis labios, no sentiste tu nombre dulce repetido por mi al lanzarlo al espacio, en el grito de mi alma enamorada? No temblaste con mi recuerdo al beso de la luna que te daba en su luz mi caricia sonriente y pura?

¡Ah! porque no viniste?

MAGDALENA.

MISCELANEA

Magdalena es la mas hermosa de todas las mujeres que han hecho latir de amor el corazón de los hombres. Pero se ha empeñado en hacernos creer lo contrario, y para conseguirlo, nos envia *algo* que no es *suyo* y que en caso de serlo no haria sino corroborar la opinion que hemos formado respecto de su belleza.

¿Porque *Magdalena* se espone á que la Municipalidad le aplique una multa por distraerse en días que no son de carnaval, unas veces de mujer fea y otras con nombres que no le pertenecen?

¿No sabe que siempre la hemos de conocer por mas caretas que se cambie?

Si, *maskarita* encantadora, te conocemos, —y para probártelo, en el número siguiente vamos á publicar *algo* con tu verdadero nombre.

* * *

He aquí las condiciones establecidas para el certamen que tendrá lugar durante la Exposicion Continental:

1^º Se otorgará un premio al autor de la mejor composicion en verso, sobre cualquier tema que esté dentro de los términos y objetos de este certamen.

2^º Se otorgará otro de igual importancia al autor de la mejor composicion en verso sobre el siguiente tema:—

CANTO AL TRABAJO

3^º Se otorgará otro premio en las mismas condiciones al autor de la mejor composicion en verso que tenga por argumento:

UNA TRADICION AMERICANA, DE LA EPOCA DE LA CONQUISTA

En este tercer concurso no podrán presentarse autores de mas de treinta y tres años de edad, quedando sujetos á prueba en caso de duda.

4^º Se otorgará un premio al autor de la mejor composicion en prosa sobre cualquier tema que esté dentro de los términos y objeto de este certamen.

5^º Se otorgará otro premio de igual importancia al autor de la mejor composicion en prosa sobre el siguiente tema: INFLUENCIA DE LA LITERATURA Y DE LAS ARTES EN LA SOCIEDAD ARGENTINA

6^º—Se otorgará otro premio en las mismas condiciones al autor de la mejor composicion en prosa, sobre el siguiente tema: ESTUDIOS SOBRE COSTUMBRES NACIONALES

En este sexto concurso no podrán pre-

sentarse autores de mas de treinta y tres años de edad, quedando sujetos á prueba en caso de duda.

7^º—En el concurso literario de temas libres pueden presentarse trabajos históricos.

8^º—Si á juicio de los jurados hubiese dos ó mas trabajos de un solo concurso que fueran iguales en mérito, cada uno de estos recibirá un primer premio. El «Jury» podrá tambien designar aquellas composiciones que á su juicio merezcan el honor de ser indicadas en el folleto que se publicará después del certamen. Estas composiciones se publicarán anónimas, salvo el caso en que sus autores, antes de la publicacion, autoricen á la Comision Directiva del Certamen para abrir el pliego sellado que contenga su nombre bajo el mismo lema de la composicion honrada por el voto del «Jury.»

9^º Los trabajos que entren al concurso, deberán remitirse antes del día 10 de Mayo próximo á la secretaria del «Club industrial,» Rivadavia 49, con las formalidades siguientes:

1^º Bajo de una sola cubierta se encerrarán dos sobres distintos, sellados y lacrados que tengan por sobre-escrito un mismo lema, debiendo contener el uno la composicion que se destina al concurso sin nombre de autor ú otro signo que lo revele, y el otro el nombre del autor y su domicilio preciso.

2^º En la cubierta que encierre ambos sobres, se espresará claramente á cual de los distintos concursos literarios se destina la composicion.

3^º Las composiciones que concurren á los premios de temas obligados, no entrarán á concurso con las de tema libre.

4^º Dentro de los diez días siguientes al 15 de Mayo, los Jurados pronunciarán su veredicto, comunicando el acta respectiva á la Comision Directiva del certamen, la que la mandará publicar inmediatamente.

5^º El Jurado deberá tomar en consideracion todas las composiciones que se presenten sujetas á este programa, cualquiera que fuese el país de su procedencia.

6^º Formarán el *Jury* para las composiciones en verso los Sres. D. S. Estrada, Dr. P. Goyena, Dr. N. Avellaneda, Carlos Guido Spano, Dr. M. Navarro Viola.

7^º Formarán el *Jury* para las composiciones en prosa los Sres. Dr. Vicente

Fidel Lopez, Dr. E. Wilde, J. T. Guido, M. Bilbao, A. Lamas.

8^a El certámen literario celebrará la funcion pública de proclamacion de laureados y adjudicacion de premios, el dia 24 de Mayo próximo, en el Palacio de la Exposicion.

9^a Hecha la proclamacion de las composiciones premiadas, se abrirá por el presidente el pliego correlativo que contenga el mismo lema, aclamándose el nombre del autor, quien podrá leer ó ha cer leer su composicion.

10. Los pliegos correspondientes á las composiciones no premiadas que contengan los nombres de los autores, serán inutilizados sin abrirse, en el mismo acto.

11. Las composiciones premiadas se imprimirán en un folleto por cuenta de la Comision Directiva, obsequiándose á cada autor laureado con 50 ejemplares y con 25 á cada autor de las demás composiciones incluidas en él: distribuyéndose los demás en la forma que oportunamente se acordará.

Las composiciones no premiadas podrán retirarse con la presentacion del recibo ó del sobre certificado del correo, hasta diez dias despues del certámen.

Oportunamente la Comision hará saber qué clase de premios se otorgarán en este certámen.

El General Santos es, desde el miércoles, presidente de la República Oriental.

¿Qué mayor felicidad pueden aspirar nuestros vecinos que á la de ser gobernados por santos?

Nadie ignora que la accion persistente de una baja temperatura conserva por mucho tiempo las carnes frescas con todas sus condiciones de alimentacion como si estuviesen recién muertas, pero lo que muchos ignorarán es el hecho acaecido al viajero Pallas en 1779, que comprueba en absoluto esta verdad. Viajaba este sábio hácia el Norte de Siberia en dicho año, cuando se encontró el cuerpo de un *man-mouth*, animal antediluviano, perfectamente conservado entre los hielos eternos de los mares polares.

Parece que unos pescadores de la costa del mar glacial habian desenterrado de entre las nieves tan enorme animal, cuyas carnes nutrieron á los perros de la expedicion durante largos dias, sin que

sintieran enfermedad alguna con semejante alimentacion.

Esta carne habia resistido bajo la influencia de una baja temperatura, nada menos que centenares de siglos!

El 15 del corriente, á las tres de la tarde, tendrá lugar el parto de los montes, ó lo que es lo mismo, la inauguracion de la Exposicion Continental.

Hemos recibido el primer número de «La Floresta Uruguaya», interesante publicacion literaria que ha aparecido en Paysandú bajo la direccion del señor Máximo Bascans.

Que viva muchos años el colega y esté siempre nutrido de materiales tan interesantes como los que contiene su primer número, son nuestros deseos.

Se ha arraigado en el Ecuador la moda de dar y recibir el duelo por medio de tarjetas, para lo cual los deudos de una familia que ha experimentado la pérdida de uno de sus miembros, publica en cualquier diario ó periódico un anuncio concebido en estos ó otros términos parecidos:

Los padres, hermanos y demás deudos del que fué Fulano de tal, tienen el honor de participar á sus amigos que el duelo se recibe por tarjeta.

Con esta moda se suprimen las visitas de duelo, las cuales no tienen otra ventaja que la de ir á afligirse de corazon por la pérdida de un amigo ó amiga querida, ó finjir ese sentimiento para cumplir con la fúnebre etiqueta.

De esta manera se suprime tambien la obligacion de renovar á las personas que sufren, el dolor que las agobia, recordando entre sollozos y suspiros, las bellas cualidades y virtudes que adornaban al finado.

Las tarjetas fúnebres tienen tambien la inapreciable ventaja de evitar á los deudos el sacrificio de manifestar á cada amigo ó amiga que los va á visitar, mas sentimiento del que en realidad experimentan, sobre todo si el difunto ha dejado una fortuna; pues generalmente los mas recomendables y sentidos (sin duda por el temor de que resuciten) son los que dejan buenos recuerdos en algun Banco . . .

Un señor don Luis Hospital, persona que no tenemos el gusto de conocer, ha ofre-

cido en venta al Gobierno Nacional una preparacion capaz de apagar un incendio en menos de tres minutos, cualquiera que sea su magnitud.

El profesor Santino espera la resolucion del Gobierno para ofrecerle, en caso de que se resuelva á comprar el apagador de incendios, un líquido que ha inventado con el nombre de «El apagador del amor», y con el que se compromete á extinguir en menos de un segundo el fuego de la pasion mas volcánica.

Para probar el poder y la eficacia de su invento dice, que debido á el, su corazon no se ha convertido en cenizas.

Si es asi, el Gobierno debe comprarlo para regalárselo al pueblo, como un preservativo contra raptos y suicidios.

La distribucion de premios á las comparsas que mas se distinguieron en los dias de carnaval, fué hecha en la plaza Concepcion, por la Comision de adornos de la calle de Buen Orden.

Las comparsas premiadas son 18, siendo dos de estos premios de 1^a clase, 4 de segunda y los demás de tercera.

Fueron repartidos de la siguiente manera:

Primer premio, 1^a clase, medalla de oro: Nacional—Flor de Atrica.

Estranjera—Stella D'Italia.

Segundo premio, 1^a clase, medalla de oro: Nacional—Negros Alegres.

Id Artesanos del Plata.

Estranjera—Stella di Roma.

Id Union de la Boea.

Primer premio, 2^a clase, medalla de plata dorada:

Nacional—Negros Victoriosos.

Id id Candomberos.

Id id Chichones.

Estranjera—Stella Marina.

Id Salamanca.

Id Liga Lombarda.

2^o premio, 2^a clase, medalla de plata:

Juventud Africana, Union Marina, Los Infelices, Estrella del Sud, Hijos de Africa, Negros Triunfantes.

Varios compositores argentinos se ocupan de organizar dos ó tres conciertos que darán durante la Exposicion Continental.

Tomarán parte en ellos los maestros Bernasconi, Haigreaves, Rojas, Gutierrez Rolon y Berutti.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, MARZO 12 DE 1882

ALBERTO NAVARRO VIOLA

Los estudiantes de derecho le llaman el Dr. Navarro Viola; sus amigos le dicen simplemente Alberto; yo vacilo entre ambas formas usando á veces la primera—menos el título—á veces la segunda, segun se me ocurra. Seguramente es mucho mas pintoresca la forma empleada por Rodolfo Araujo que le llama siempre é invariablemente Alberto Navarro. Yo pienso de los nombres propios muchas cosas que á mí mismo me dan risa y entre ellas la que mas gracia me causa es la de que un hombre tan pequeño, tan "menudito" como el doctor don Alberto Navarro Viola, tenga dos apellidos, título señorial y título académico, amen del nombre de pila. No se dejará de reconocer que es un caso curioso, aunque no tanto como el de aquel profesor casi enano del Colegio Nacional que se llamaba Larguier.

La biografía de Navarro Viola cabe en dos líneas, enumerando la fecha de su nacimiento, los puestos que ha ocupado, y las obras que ha publicado. De lo primero y de lo segundo no sé casi nada, y digo casi, porque de su nacimiento, sé que ha nacido, y de sus empleos, que los ha ocupado.

El doctor Navarro Viola—y aquí viene bien el título—es actualmente un personaje político, por su importancia en la parroquia donde vive y por su proximidad al Presidente de la República.

Hasta hace poco tiempo, Alberto no pesaba en la política; pero cuando los eventos de la loca Fortuna lanzaron á su partido á las cumbres del poder, sus amigos lo llevaron consigo hasta las mejores posiciones, mientras le llega el día de entrar al Congreso á puertas abiertas, á justo título seguramente y con mas razón

y mejores credenciales de talento, de ilustracion y de carácter que muchos de sus correligionarios.

Esa es su biografía y esa es una parte de su porvenir; en el poder, en el apogeo de la dominacion actual, Alberto Navarro Viola no ha hecho aun todo su camino é irá de seguro mas adelante.

Pero no me progongo en este artículo estudiar su personalidad política; en este punto me separa de él un abismo y me desagrada, me repugna, me horroriza mirarlo; mi propósito en estas líneas, como mi conducta con él en persona, es levantar sobre ese abismo y encontrarlo en una region elevada y serena, estrechar yo, federal convencido, su mano de Dorreguista ferviente; saludarlo, yo, prosista, á el, poeta; abrazarlo, á él, que ha subido, envuelto en luz, yo, que vivo oscuramente y me reconozco inferior á sus méritos.

Arrojo con gusto esa túnica de Deyanira de la política y paso complacido á otras esferas mas tranquilas en que la atmósfera no esté cargada de miasmas. No tendria tampoco derecho á entenderme en otro sentido que en el de un estudio literario, puesto que me mueve á escribir sobre Alberto Navarro Viola la aparicion de su primer libro de poesías, que es tambien el primer volumen de su coleccion completa, titulada: *Versos*.

Ese libro ha aparecido hace un mes; ha sido leído ya, estará juzgado por muchos y casi pareceria innecesario hablar de él en esta fecha.

Yo no le pido permiso nunca al público para hablarle; lo convoco á escucharme y le impongo mis temas, porque para eso es público, para escuchar. Y tiene obligacion de hacerlo muy especialmente en este caso, porque le hablo de un poeta, yo que soy su amigo. Si se ha dicho con razon que es feliz la hermosa que el poeta adora, tambien se puede decir que el amigo del poeta, vale mas que cualquiera de la masa del público. Está unido por esa amistad, escucha los sonos secretos de la lira, se inicia en los misterios de la produccion, goza las primicias de todas ellas, y, como los planetas de los

sistemas solares, se baña en la luz del astro central que emite sus rayos vivificadores. El satélite tiene algo de sol.

Hé aquí, pues, porque hablo yo ahora con tanta arrogancia, como quiero que se sepa porque prodigo tanto el epíteto de poeta á Alberto Navarro Viola.

Se ha dicho que lo lo es y se le ha dicho sin rodeos, no una, sino dos ó tres veces. Niego todo fundamento á semejante opinion, aunque creo que Navarro Viola, es menos poeta de lo que él mismo se imagina; pero de esto á negarle absolutamente toda facultad poética hay inmensa distancia.

Yo no sé quien ha dicho que es un simple versificador, lo cual es un grande error: pues justamente porque no sabe versificar con fluidez es que no parece poeta.

El verso de Alberto Navarro Viola, es duro, es seco, es rígido, muchas veces frio, algunas mal sonante, y de ahí que, no dando al oido una música suave, la idea poética no aparezca al lector superficial.

Convengo en que la fluidez del verso es una consecuencia natural y obligada de la posesion del extro poético en toda su magna estension, pero me parece que se convendria tambien conmigo en que el extro no se manifiesta sino á impulso de grandes conmociones del espíritu, que han faltado casi completamente al poeta cuyo caso particular estudiamos.

Por otra parte, no está demás recordar aquí que los poetas argentinos no son precisamente los mas fluidos del habla española.

Nuestro ilustre don Ricardo Gutierrez peca algunas veces de dureza, quizá debido á la excesiva fuerza de la cadencia final; el venerable Echeverría es, en muchos versos, inferior á Martin Coronado en la dulzura de la diccion, y Gervasio Mendez que, al respecto, es infinitamente superior á Rafael Obligado, suele quedar oscurecido por la música suavísima con que se desliza en dulces palabras el pensamiento erótico de Eduardo Saenz.

Pero es escusado argumentar en defensa

del extro poético de Alberto Navarro Viola, ó mejor, de sus facultades poéticas, porque sería necesario exigir á los que las niegan que previamente las definirían. Probablemente ninguno sabría hacerlo. Los argentinos criticamos generalmente *mea culpa, mea culpa*—á la francesa, sin precisar criterio, y cuando nos sacan del terreno de lo abstracto, para pasar á lo concreto, damos fiasco.

Yo desearía poder tomar una por una las composiciones del libro que motiva este artículo y mostraría en todas, excepto en las más poetas, el pensamiento perfectamente poético que expresan, aunque en algunos de ellas tuviera que prescindir de mis principios y mis creencias, para dedicarme por completo en el lugar del autor.

Faltame para esa tarea tiempo y espacio, pero no me faltarán si la ocasión se ofrece de cruzar lanzas con cualquiera que niegue la verdad de mi aseveración.

Por lo demás, el autor no necesita defensa y casi puedo decir que estoy haciendo el papel de don Quijote contra molinos que ni de viento son en este caso.

El se ha defendido á sí mismo una vez por todas, ha escrito su defensa en verso y el primero que le negó inspiración confesó noblemente su error cuando se convenció de que estaba equivocado.

Pero Alberto Navarro Viola no es solo poeta, es también prosista, es traductor, es crítico. Excuso hablar de sus traducciones, pero no puedo pasar por alto su prosa política, y como, al mismo tiempo, debió ser breve en este punto, daré mi juicio en dos palabras: vale poco.

Navarro Viola no es seguramente un crítico; su *Anuario* está siempre en los extremos al estudiar los libros, y, sobre todo, envenena de tal manera su pluma con la pasión política, que llega á cometer verdaderas heregias de juicio, que no son más que la consecuencia de su carácter estremo. Hay autores que si pudieran asarlo á fuego lento... Cuando toma un libro bajo su látigo no le deja una hoja sana, lo estruja, lo muerde, lo desmenua y acaba por hacerlo pedazos, sin consideración de ningún género, y partiendo en muchas ocasiones de un solo punto vulnerable que aparece á sus ojos como si fuera toda la obra. Así su *Anuario* ha llegado á ser una compilación de verdadera propaganda política.

Afortunadamente todo ese furor ha desaparecido y yo espero que el próximo

Anuario ya no será un libro violento, sino una obra sesda y tranquila, en que el autor se muestre menos arrebatado por la pasión.

Entre tanto, debemos esperar también el segundo volumen de los *Versos*, que no ha de tardar en aparecer, para poder estudiar á Navarro Viola en su obra de más largo aliento, el *Eduardo*, que es, según tengo entendido, un poema del cual han aparecido algunos fragmentos en la *Revista Literaria*.

Yo pienso que aun después de la aparición de ese libro y por mucho tiempo más, mientras Navarro Viola no se dedique asiduamente á un trabajo reposado de ciencia jurídica ó de literatura, el periodista, el crítico y el poeta serán siempre eclipsados y oscurecidos por el hombre.

Alberto Navarro Viola es de estatura pequeña y, como todos los hombres de corta talla, inquieto, desasosegado, móvil como un niño. Carece completamente de esa representación física que se obtiene con la barba espesa y un cuerpo robusto. Sin embargo es un carácter, es un valiente, es un hidalgo.

Su rasgo culminante es un amor de ultra-tumba, un amor ciego, un amor que lo hace por sí solo respetable. Huérfano de madre en muy corta edad, lleva en su corazón el eterno recuerdo de la que le dió el ser, tiene en su mente ese Dios, lleva en su espíritu esa religión y en ella se retempla y se fortalece, pensando que para su hogar, para él, y para sus hermanos, "la vida es el placer de recordarla". Ha levantado en alto ese recuerdo; se ha iluminado el camino de la vida con la luz de ese amor, en el horror de la fría horfandad; canta antes que todo á la madre perdida para siempre y es en ese canto, en ese lamento triste, en esa queja dolorida donde algunos no encuentran poesía, allí donde el hombre y el poeta, el hijo y el cantor se suman y confunden, precisamente donde toda el alma se ha derramado. Pero no quiero continuar; yo no critico ni juzgo versos dirigidos á una madre, los siento, como que soy hijo, los leo y los releo, y al ver á mi lado la que otros lloran perdida, me siento poseído de infinita piedad. ¿Porque no son todos como yo, felices?... Aquel resonante verso de Ricardo Gutiérrez dirigido á los que sienten el cálido aliento de la madre amada, viene á la memoria, y es imposible no acompañar al poeta en su dolor de huérfano,

el más grande y el más sublime de los dolores entre todos los que la vida encierra.

Ese sufrimiento y los versos en él inspirados serán en todo tiempo, como son ahora, la vara mágica con que Alberto Navarro tocará siempre todos los corazones, porque no hay en el mundo ningún hombre insensible á los filiales afectos que ligan una generación á otra generación, en la vida del hogar ó en los recuerdos de una muerte, terrible muerte que es siempre, en el cambiante panorama de la existencia, el cuadro más profundamente horroroso y más desesperadamente desconsolador. A ese poeta que consagra á su madre muerta, tolo un libro, no se le diseña tranquilamente; se le acompaña en su dolor, se le abraza, de hombre á hombre, de hijo á hijo, se le comprende, se le siente, y se le ensalza en nombre de los más nobles sentimientos del corazón humano, en nombre del único amor sin mancha que los hombres sepan profesar, ese amor inmortal que nace y acaba con la misma vida, eterno compañero, eterno amigo eterno consuelo.

BENIGNO B. LUGONES.

HOJAS DE ROSA

XXVI

¡Qué silencio nos rodea!
El sol sus rayos ha hundido...
solo el arco de Cupido
en la sombra centellea!

¡Cómo el mundo desaparece,
y olvidado, nos olvida!
¡Cómo en el cielo la vida
soñando se desvanece!

Todo al amor nos incita!
La luna besa su frente!...
solo en la sombra se siente
su corazón que palpita!

X.

SUEÑO Y REALIDAD

I

Victor era un muchacho de rostro simpático y agradable.

Tenia veinte años y poseía una regular fortuna. No tenía familia.

Vivia completamente solo y retirado del bullicio del tentador París.

Romántico como un hijo de la poética Alemania, se apasionaba de todo lo bello. Era un poco músico, un poco artista y un poco poeta.

Sonaba con un ideal.

Sus amigos de café, se reían grandemente de sus ideas sobre el amor y cuando le veían pensativo le decían: No te desesperes Werther, que Carlota te amará.

Victor sonreía con mansedumbre, pero pensaba siempre en su amada.

II

Un día que se encontraba triste, se dirigió á los Campos Eliseos, sitio á propósito para desterrar cualquier pesar. Despues de dar algunas vueltas, de haber fatigado la vista en mirar tanta mujer hermosa, se disponia á volver á su casa, cuando cruzó una elegante carretela tirada por dos poderosas yeguas, que poco faltó para que lo derribaran.

Al fijar Victor sus ojos en la dama que iba en ella, lanzó un grito y palideció.

Algunos paseantes, se acercaron al jóven y le preguntaron, si lo habia pisado el coche.

Contestó negativamente, dió las gracias á los officiosos y echó casi á correr tras de la carretela.

Esta iba á buen paso: fácil le fué, pues, alcanzarle.

La dama, al ver á Victor, se llevó el pañuelo á la boca, sin duda se reía de la persistencia de aquel paseante que la miraba con unos ojos que parecían querer tragarla.

Victor se convirtió durante dos horas en satélite de aquel astro.

Por fin la dama se fué.

Victor, montó en un carruaje de alquiler y dijo al áuriga que siguiera á la carretela.

Esta se detuvo en el palacio de S. . .

La dama descendió y penetró en el vestíbulo, pero antes de mirar á su apasionado, echó una rápida ojeada al coche de alquiler y sonrió.

Victor estuvo á punto de morir de felicidad. Saludó á la dama y hasta la envió un beso con la punta de los dedos.

Desde aquel día, Victor dejó de estar triste.

Por fin, habia encontrado á su ideal.

III

Un niño despues se decia que la noble

y hermosa Julieta Mirecourt, se casaba con un poeta, cuyo nombre empezaba á hacerse conocer en el mundo de las letras.

Este poeta era nuestro Victor.

Hé aquí lo que habia hecho el amor.

La noche que tuvo lugar la boda, Victor al dar un beso en la frente á su esposa, la dijo con acento apasionado:

—Angel mio: mi sueño se ha convertido en realidad. Te amaba antes de conocerte, hoy, te idolatrol

M. E.

PALMAS

La palmera de tallos tembladores, al ardiente *Simoun* abandonada, sueña con otra palma enamorada que le brinda sus cándidos amores. Huye el soplo mortal con sus rigores; y, aprovechando la estacion calmada, inclina la cimera fatigada y vá, en un beso, á fecundar sus flores. Asi en el gran desierto de la vida— en donde son, los corazones, palmas que bate la borrasca enfurecida— en los instantes de volubles calmas, cuando se halla la pena adormecida, fúndense en una, con amor, dos almas.

F. SOTO Y CALVO.

SEÑOR DON ADOLFO MITRE

Mi distinguido amigo:

Ni plazo que no se venza, ni deuda que no se pague, dice una de las máximas que constituan el evangelio, el Coran y los Vedahs del juicioso Sancho, y hoy cumple en mí el adagio, pues vence el plazo que yo mismo me habia otorgado para saldar la deuda contraida de decir algo respecto de un pequeño volúmen en que ha compendiado usted algunas de sus composiciones poéticas.

Pero ¿qué he de decir? Y confieso que al leer la pregunta escrita, me dantentaciones de declararme en quiebra y hacerme seguir un juicio ejecutivo por cobro de esta deuda literaria que no sé en que moneda he de saldar.

Corrigió Apelles la sandalia, cuando un

maestro zapatero hizolo notar los defectos del calzado que pintara, pero votóle enhoramala, cuando el zascandil quiso entrar á mayores, señalándole las irregularidades que creia encontrar en otros detalles de su cuadro, y yo me tengo que me pase á mi lo que al zapatero de la historia ó de la fábula, si me entrometo á abrir juicio sobre sus poesias, toda vez que soy tan entendido en esto de achaques poéticos como el artesano en cuestiones de pintura.

Doy por caso que á mis primeras observaciones me preguntara vd. como el monigote de la zarzuela: ¿lo baila vd. ó no lo baila? y entónces me veria forzado á contestarle: no lo bailo, quiero decir que no hago, ni he hecho en todos los dias de mi vida nada que se parezca á versos, lo que no vale decir que no me gustan, como le gustan á todos los confites, apesar de que no todos son confiteros.

Pero, *burla, burlando, van los tres delante*, como decia Lope en su ensayo de soneto, y pues me encuentro con dos cuartillas ya escritas, no veo por que no he de seguir adelante, que talvez en la prueba me encuentre cuando menos lo piense en el décimo cuarto pié de este mi soneto epistolar.

Leí ayer el juicio que sobre sus poesías ha formulado un señor Matienzo, á quien solo para servirlo conozco, y encuentro sus apreciaciones muy de acuerdo con las mias en lo que toca á cierto género literario que ha pretendido vd. adoptar, sin conseguirlo felizmente, sin que esto amengüe en lo mínimo sus talentos, pues no á todos les va bien el trage que otros usan, no por su culpa, sino porque la naturaleza conformó su cuerpo de distinta manera.

No nació vd. naturalista, y es por consiguiente en vano que vd. intente vestir los hijos de su ingenio con los ropages cortados por el modelo de los que Zola y sus adeptos usan para cubrir sus producciones, admitiendo que pueda ser considerada como pieza de vestir, la hoja de higuera con que el primitivo hombre bíblico tapó por primera vez sus indecencias.

La poesia es una jóven recatada y púdica, que no ha de presentarse al público en el desgreno y desatavio de mozueta al despertar despues de una noche de orgia, sino peripuesta y acicalada en traje de sarao, vestida de vaporosas gasas y adornada con preciadas

alhajas, para satisfacer al buen gusto, alegran la vista y recrean el oído, al compás del cadencioso ritmo.

Dirá vd. y con razón que soy de aquellos enchapados á la antigua, como el Don Bartolo del *Barbero*, á quien fastidiaban los *arias* y *ritornellos* de Rossini y contra ellos protestaba esclamando: *la música al mio tiempo era otra cosa!*

No que yo sea de los tiempos de aquel viejo insoportable y ridículo, pero mas acostumbrado á tratar los autores que en nuestra lengua escribieron, que á los que en extranjero idioma se producen, apégome al gusto por aquella forma magestuosa y retonda que Arolas y los Fray Luis antaño emplearon, y que mas tarde sublimizó las odas de Cienfuegos y de Quintana, que apesar de todo y de todos, son hoy leídas y repetidas con aplauso, reaccionando contra esa poesía fugitiva y puntigada que escuece al oído y repugna por su desandez á la vista.

El éxito de Nuñez de Arce en España y de Andrade en América estriba en gran parte en la forma levantada y armoniosa con que revisten el concepto. Zorrilla de San Martín es en Montevideo entusiasta y aventajado imitador de Heine y de Becquer, pero solo conquistó nombradía poética cuando rompiendo los estrechos límites de esa forma dosimétrica, lanzó su potente inspiración en el amplio campo de la silva, dando vuelo á la fantasía y brillo á la forma, en esos versos llenos, armoniosos, que cautivan al lector y al oyente sin causar ese escozor molesto que produce la ruptura violenta del ritmo para presentar una novedad que sorprende á veces, pero que nunca seduce.

La poesía no es ni puede ser naturalista, porque no es su apostolado el presentar al desnudo las ruñíticas miserias de la vida, sino por el contrario exaltar los elevados sentimientos del corazón, cantar las armonías de la naturaleza y embellecer todos los argumentos que dan tema para pulsar la melodiosa lira.

Así como las cuestiones de economía política ó las esperiencias patológicas no son para tratadas en quintillas ni endecasílabos, tampoco debe aplicarse la forma poética al análisis de las vísceras sociales, á esa autopsia filosófica que tiene por objeto escudriñar en el fondo de la perversidad y la corrupción humanas, aquello que mas repugnante pueda encontrarse para presentarlo en toda su nauseabunda naturalidad.

El alma del artista es un ensayo poco

feliz en ese género, como desgraciado fué tambien el *Eduardo* de Navarro Viola, y como lo serán todos los de aquellos que como vd. y como él, dotados de una imaginación idealista y elevada, pretendan descender á ese terreno árido y espinoso, que solo pisan con planta segura los que ya nacieron con el corazón y la cabeza organizados para ello.

Dice vd. describiendo el taller del artista:

Un desórden fantástico reinaba en esa vasta sala; y á esa hora, con la sombra nocturna que avanzaba se hubiera impresionado una señora.

Comprendo, mi estimado amigo, que á esa hora, y con el avance de esa sombra nocturna, se impresionase y aun diese un respingo la mas desparpajada señora, pero tambien confieso que yo, que no soy ni tengo nada de señora, me impresioné al leer el cuarteto, pues me resistía á creer que esos cuatro renglones fuesen hijos de la misma inspiración que dictó *El Suicida*. Francia, *Consagración* y otras muchas composiciones que hacen del tomo con que vd. me ha obsequiado un verdadero libro de poesías.

Porque eso sí, y me complazco en reconocerlo, vd. es poeta, y como tal se le tendria aun cuando no hubiese hecho versos jamás, pues bastaria leer la traducción de *Albertus* de Gautier, para comprender que solo un ungido por la divina musa podia de tal manera penetrar en la inspiración de otro poeta y darle nueva vida y luz, conservando sus pristinos colores y sus primitivos perfumes.

No puso vd. su retrato fotografiado ó grabado al principio de su libro como acostumbran á hacerlo otros autores, pero á falta de ese *facsimile* de su persona física, ofrece vd. á sus lectores el retrato de su persona moral, trazado en las armoniosas estrofas de la composición titulada *Paz*, que es un trasunto fiel de su alma noble y elevada, solo apreciada por los que como yo, han tenido la fortuna de tratarle.

Y como esta ya va larga, y el tiempo apura, y el chirrido de las máquinas me está diciendo que ha llegado la hora de cerrar la forma, cierro tambien esta que nada dice, ni sobre mis opiniones, ni sobre vd., ni sobre su libro, parecida en esto á la improvisación solicitada por don Juan Diaz de Esquivel, y cuyo autor salia del paso diciendo:

Y es tan mezquina mi estrella
En esto de discurrir,
Que no sé que mas decir,
Ni de él, ni de mi, ni de ella.

Usted sabe que la carta es mia, pero al público no le va ni le viene en saber quien sea el que la escribe, así, me permitirá vd. que para los demas guarde el incógnito, ya que mi nombre no ha de agregar un ápice á su bien merecida reputación literaria.

Y no vaya vd. á hacerme el favor de atribuir á modestia mi proceder, pues fáciles es que por el contrario busque yo con el incógnito algun desocupado lector, que tal vez pasara por alto mi carta, al ver que quien la firma no figura entre los que han sentado plaza de literatos, y como tales son tenidos y festejados.

Con afectuosa amistad lo saluda—

SANSON CARRASCO.

A NAPOLEON

EN LA TRASLACION DE SU CADÁVER DE SANTA ELENA A FRANCIA EN 1840

Vuelve: tu sombra en el Océano impera;
No hay tempestad; el Océano calla;
El te conoce ya como si fuera
Tu bridon generoso de batalla.

¿No es éste el voto que elevaba al cielo
La voz de tu alma con su Dios á solas,
Allá en las noches de tu inmenso duelo,
Al solemne murmullo de las olas?

Vuelve, Napoleon; vuelve á esa Francia
Que tu ojo moribundo requería:
Ya, ya se pierde en la brumal distancia
La roca del martirio y la agonía.

Gime el viento si suena, la onda gime
Y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!
El mundo siente en su estupor sublime
La sublime presencia de tu alma.

¿Cuál són, empero, de repente agita
El velo que la mar cubre y el viento?
¿No lo conoces tú? ¿Ya no palpita
Tu inmóvil corazón al grande acento?

Es tu pueblo francés. Los santos lazos
Que la Europa deshizo, atar lá engrie:
El te recibe en sus abiertos brazos:
Y tu sombra magnánima sonríe.

¿Sonreír? Pero no. Cuando extendida
Bajo un dosel de palmas militares,
Mueve á tus piés tu capital querida
El mar de sus oleadas populares;

Sí, sonando una voz en torno al ara
E interrumpiendo aplausos y armonías,

«¿Qué Francia es esa Francia?» preguntára,
Cadáver siempre vivo, ¿qué dirías?

Tú fuiste á despertar á un pueblo esclavo,
No temible á la Europa en su ignorancia;
Fuiste á decir al seita y al esclavo,
Tú les fuiste á decir: «¡Hay una Francia.»

Así, moviendo el corazón romano
A la alta empresa de su gloria un día,
En sus oscuros bosques al germano
César le fué á decir que Roma había.

Y el germano fué á Roma y en la tumba
De César se sentó. Vagando incierta,
Así la voz de las conquistas zumba
Y á los pueblos atónitos despierta.

Y ella les dice su destino. ¡Oh, cuanto
Los lentos siglos á la Europa tardan!
¿Quién las horas dirá de mudo espanto,
Quiénderá el porvenir que ellos le guardan?

¡Napoleón! ¡Napoleón! El día
En que, temblando el ámbito europeo,
En el ocaso del destino hundía
Tu sol de gloria el disco giganteo;

En q' arrastrando el genio de la historia
Inmenso luto en generosa pena,
Fuistes á expiar el crimen de tu gloria,
Como el Luzbel de Europa, en Santa Elena:

En aquel entre todos triste día
De sosiego y de asombro á las naciones,
Que tu gran corazón se enflaquecía
Y el águila se huyó de sus legiones;

En aquel día en que, el silencio roto
Que guardaba la Europa en tu presencia,
La paz del mundo ejecutó su voto
Y firmaron los reyes tu sentència;

¿No viste en tu vendido Capitolio,
Con aplauso y escándalo de Europa,
Trotar por las alturas de tu sòlio
De un Czar salvaje la salvaje tropa?

¿Qué extraño ya (¡a osada fantasía
Mira avanzar los génius del destino),
Qué extraño ya que emprendan otro día
Las fieras hordas el fatal camino?

Allí do nuevos pueblos amanecen,
Allí está el porvenir. Y hoy cuando tornas
A este suelo frances do ya no crecen
Los lauros ¡ay! con que tu frente adornas,

¿No sientes, di, Napoleon, no sientes,
Aun de la muerte en la insondable estancia
Que acaba de sonar en el Oriente
Un nuevo Waterloo para la Francia?

¿No escuchas el rugido y los furores
Del leopardo que el piélagó domina,
Y hace indignos de tí los Tres Colores
Y también en la tumba te asesina?

¿No oyes la voz de tu rival sangrienta
Que á los pueblos asiáticos asombra,
Y zumba en las Pirámides y ahuyenta
Tú águila excelsa y tu enojada sombra?

¿Qué paz es esa paz? ¿Q' Francia es esa?
Mas ¡ay! que acaso se levante un día,

Y renovando la tremenda empresa,
Ella misma se espante en su osadía.

Si, que, aunque atados á la espalda lleva
Los brazos poderosos el gigante,
El suelo tiembla si á moverse prueba
Y la Europa se mira en su semblante.

Ya sonará la guerra. El gran momento
Por la oscura region del tiempo avanza;
La Francia, dando su estandarte al viento,
Soltará en las naciones su venganza.

¡Guerra aquella será que el mundo llora
Con funeral presentimiento! Entonces
Cortará la segur niveladora
Cuanto dejen en pié marciales bronces.

Entonces ¡ay! al recordar la historia,
De quien tu Francia y tú nacisteis hijos,
Cubrirá las efigies de tu gloria,
En tí los ojos con espanto fijos.

Los tronos derretidos como cera,
Tronos y altares, leyes y blasones;
Los pueblos consumiéndose en la hoguera,
La Europa ardiendo como cien Iliones.

¿Esta la dicha fué que allá en el día,
Tribuno emperador, de tus hazañas
A los pueblos incautos prometía
La hidra que te abortó de tus entrañas?

Tan negro porvenir finje la idea,
Por siniestros presagios combatida:
No hay salvacion para la Europa atea,
De los siglos que fueron desprendida.

Y al contemplar tan iracundos hados,
Dueños del mundo y de los hombres dueños,
A los ojos de sangre salpicados
Aun los Napoleones son pequeños.

Pequeño tú también; la fantasía,
Sin penetrar el formidable arcano,
Dignos de tu grandeza sólo via
Dose el cielo, tumba el Océano.

Mas al cumplir tu voluntad postrera
Cumple el destino sus ocultas leyes:
César, tu Bruto fué la Europa entera,
Pero tú fuiste el Bruto de los reyes.

Vuelve, pues, vuelve, pues, donde presidas
La última saturnal de los esclavos:
Aquí como en tu roca, ennegrecidas
Nubes te cercarán y mares bravos.

Q' en esa tumba do á los pueblos quedan
El contagio y los triunfos de tu audacia,
Las tempestades de los siglos ruedan
Y estrellan contra tí la democracia.

Vuelve, y tu crimen y el de Francia expia:
Cuando surja de nuevo la honda plaga,
Los prestigios que el mundo obedecía,
Humo serán que al viento se deshaga.

¿A qué invocar en el horrendo trance
Al nuevo Atila que en el Norte a doma?
No es menester q' el Septentrion los lance:
Los bárbaros están dentro de Roma.

Vive, vive en tu tumba, en ella espera:
Dios al mirarte arruga el sobrecejo:

La historia, esa deidad también severa,
Te llama el Tamerlan de un pueblo viejo.

GABRIEL GARCÍA Y TASSARA

HA SIDO JUZGADO EL DON QUIJOTE
SEGUN ESTA OBRA MERECE?

(Continuación.)

«La cual le recibía y regalaba con
«mucha voluntad, por entender la buena
«que su esposo le tenía» (ibid.). «Con la
«cual poniendo la cabeza de vuestro
«enemigo en tierra, os pondrá á vos la
«corona de la (tierra) vuestra en la
«cabeza en breves días» (capítulo XXXVII)
«Conservar la memoria de haberla gana-
«do (la memoria) la felicísima memoria
«(memoria) del invictísimo Carlos V,
«como si fuera menester para hacerla
«eterna, como lo es y será, que aquellas
«piedras la sustentaran» (capítulo XXXIX).
«En verdad que yo la he tratado (la
«verdad) con mi amo» (capítulo XLI).
«A poner por obra esta que á mi me
«parece tan buena» (ibid.). «No es sino
«señor de lugares, respondió Clara, y el
«que él tiene en mi alma» (capítulo
«XLIII) Movido á lástima de las que
«vió que hacia vuestro padre» (capítulo
XLIV). «Como de verse en punto que
«no sabía el que tomar en tan repentino
«y no esperado negocio» (ibid.). «Vos
«habeis alegado y probado muy mal de
«vuestra parte. No la tengo yo en el
«cielo, dijo el pobre barbero» (capítulo
«XLV). «Esto me basta para la seguridad
«de mi conciencia, que la formaría muy
«grande» (capítulo XLIX). «Redúzcase
«al gremio de la discrecion, y sepa usar
«de la mucha que el cielo fué servido
«de darle» (ibid.). «Os contaré una
«verdad que acredite lo que esé señor
«ha dicho, y la mía» (capit. L.). «Primero
«que alguno de sus muchos pretendientes
«cayese en la cuenta de su deseo, ya
«ella tenía cumplido» (capit. LI). Co-
«menzar alguna aventura, luego me
«pusiera en camino, porque vos la
«tuvieras buena» (capit. LII). «No acu-
«baremos en toda la vida. Mala me la
«dé Dios» (cap. III de la parte segun-
da.) «Las personas que estorbaren
«tu tercera salida, que no la hallen en
«el laberinto de sus deseos» (capit. VII).
«Comenzó de nuevo á dar asalto á su
«cálder» con tan buenos alientos, que
«despertó los de Don Quijote.» (capit.
«XX.) «Que mostrais en vuestras aguas

«la que lloraron vuestros hermosos ojos» (cap. XXII). «A mi me pesa, señor caballero, de la triste figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra, haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de recaderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe», respondió don Quijote, es posible ser malo» (capítulo XXX). «Querria que vuestra merced me la hiciese» (capítulo XXXI) «Aquellas pocas mas las trae por autoridad y por la usanza que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir», respondió Sancho» (ibid.). «Tenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo» (capítulo XXXII). Aunque los sucesos son de mucha pesadumbre, los llevo sin ella» (capítulo LXXII). «En fin llegó el último de don Quijote» (capítulo LXXIV.)

No sería menos difícil conservar los bellos juegos de palabras que resultan de emplear consecutivamente un verbo en dos significados, como en aquel paréntesis del capítulo III de la parte primera: *Y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud*; de tomar una misma dición ya como sustantivo, ya como verbo, *v. g.* en el epigrafe del capítulo XXXVIII de la parte segunda: *Donde se cuenta la que dió de su mola andanza la duquesa Dolorida*; ó por fin de que haya de colegirse el nombre que falta, del verbo que va expreso, según se advierte en la parte primera, capítulo VIII: *De aventurarle todo á la (aventura) de un solo golpe*. En esto, igualmente que en todo lo demás es inimitable Cervantes; y si bien pocas veces leemos un libro sin que nos ocurra otro que le iguale ó esceda en una ú otra parte por lo menos, cuando meditamos un capítulo, una página ó unas cuantas cláusulas del *Don Quijote*, no solo doblegamos dóciles nuestras cabezas, reconociendo la imposibilidad de aspirar á acercarnos á un modelo tan elevado, sino que apenas podemos concebir que nuestra alma, atada con los vínculos groseros de la carne y sujeta á la pequeñez de los afectos, pasiones y miserias humanas, sea capaz de volar tan alto y por el largo tiempo que debió costar de componer aquella obra peregrina. Esto mismo nos hace conocer que no es susceptible de retoque alguno, y que de consiguiente lo ejecutado por don Augustin Garcia de Arrieta en la edición del

Quijote hecha en Paris el año de 1826, ha sido mayor profanacion que si hubiera corregido cualquier pasaje de Homero ó de Virgilio, ó si les hubiese cercenado sus episodios. Las repeticiones, el desaliño, los descuidos y aun las contradicciones del *Quijote*, que saltan á la vista de todos y otenden tanto la de los semieruditos, evidencian que subsiste cual se lo dictó á Cervantes una inspiracion superior; y según se halla, es tan grande su importancia, que bastará este libro por sí solo para que los extranjeros de todos tiempos estudien la lengua en que se ha escrito, y para que hagan lo mismo los españoles, cuando el trascurso de los siglos nos desvía tanto de esta como nos hemos separado ya de la latina.

Después de haber hablado de la invencion, estilo y lenguaje del *Don Quijote*, y de haber tributado el debido homenaje de admiracion á su sobresaliente mérito, confío se me oirá con alguna indulgencia al examinar, si su publicacion al mismo tiempo que hizo desaparecer las extravagancias de los libros caballerescos, apagó el espíritu de valentía y pundonor que su lectura inspiraba.

El *Ingenioso hidalgo* no fué recibido al principio con la indiferencia que algunos suponen, pues sabemos que estando todavía incompleta la obra, se publicaron dos ediciones de la primera parte en Madrid por Cuesta en 1605, se hicieron otras tres en el mismo año, la una en Valencia y dos en Lisboa, y hasta nueve en diferentes puntos, en el espacio de solo diez años; siendo de notar que nueve ediciones en aquellos tiempos equivalen á cincuenta en la actualidad, atendido lo mucho que se ha ensanchado el círculo de las personas que saben leer y que tienen el gusto de comprar libros. No debe pues sorprendernos que Cervantes haga decir al bachiller Sanson Carrasco en el capítulo III de la parte segunda, hablando de la primera: «Tengo para mí que el día de hoy estan impresos mas de doce mil libros de la tal historia . . . los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada, y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocín flaco, cuando dicen, allí va Rocinante: y los que mas se han dado á su lectura, son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*, unos le toman si otros le dejan; estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente la tal histo-

ria es del mas gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto» Así lo confirmó después el propio Don Quijote, cuando dijo á don Diego de Miranda (capítulo XVI), «que andaba ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes, prosigue, se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia.»

Puede pues asegurarse que ninguna otra obra, en los tiempos antiguos ni en los modernos ha hallada en el de su publicacion tan general y favorable acogida como el *Don Quijote*, y que no hubo ninguna necesidad para darle á conocer, del *Buscapié*, folleto de cuya existencia dudo, aun después del respetable testimonio de don Antonio Ruidiaz. Cuando así no lo demostrasen las repetidas ediciones de la obra, los pasajes citados de su autor y algunos que pudieran añadirse de sus coetáneos, nos removeria toda duda sobre el particular la desaparicion casi instantánea de los muchos libros de caballería que entonces se imprimian. *Mas de cien cuerpos de libros de estos*, dice Cervantes (capit. VI de la primera parte) que se hallaron en el aposento de don Quijote, quien espresa después (capítulo XXIV) á Cardenio, que en su aldea podria darle *mas de trecientos libros, que eran el regalo de su alma y el entretenimiento de su vida*; en cuyo número ó hubo exageracion, ó incluyó las otras novelas y los libros de poesia que también tenia. De esta manera se salva la veracidad de don Quijote, al que no supongo bibliómano, para que tuviese varias ediciones de una misma obra, pues siendo así, no habria dificultad en que poseyese unos trecientos volúmenes de caballerías en castellano, porque bien los habrá comprendidas sus reimpressiones, cuando tengo recogida hasta el día la noticia de unos 250, y ya comprendia mas de docientos la que publiqué en Lóndres sobre esta célebre parte de nuestra literatura, en el tomo cuarto del *Repertorio americano*.

Basta comparar tan crecido número con el cortísimo de las novelas de otra clase que entonces existian, para confesar que Cervantes fué el ángel exterminador de las primeras. No recuerdo que estuviesen puestas en nuestro romance mas que las de Bocacio, Baudello y Giraldo Cintio, y *Los diez libros de fortuna de amor*, ni que tuviésemos otras originales sino las

reas *Dianas*, el *Descuento de celos*, el *Pastor de Iberia*, el *Filida*, *Ninfas y pastores de Henares*, el *Guzman de Alfarache*, el *Lazarillo de Tormes*, el *Premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*, y la *Galatea*, porque los demas libros que se conocian de diversion y entretenimiento, pertenecen propiamente los unos al teatro y los otros al Parnaso. Solo puede suponer que los de caballerias andaban muy caidos á la sazón, y que *Don Quijote* no hizo mas que dar el último empuje al coloso que amenazaba ya una próxima ruina, quien no se halla bien enterado del estado de nuestra literatura en todo el siglo XVI; ni de la especie de fanatismo que entonces reinaba por lo maravilloso, segun lo comprueban los festejos hechos en Bius al emperador Carlos V por su hermana la reina de Hungría; ni de las declamaciones que contra semejante mania leemos en Vives, Cano, Vanégas, Diego Gracian, Granada, Arias Montano, Malon de Chalde y otros doctos varones de aquella centuria. El mismo Cervantes se hubiera desacreditado por el solo hecho de combatir con tanto empeño á un cadáver, como se hubieran mofado todos del P. Isla, si los predicados de su tiempo no mereciesen ser ridiculizados en el *Frá Gerundio*. Habiendo pasado ya la moda ó hallándose en una inevitable y rápida decadencia, no se atreveria á estampar Cervantes en el prólogo de su libro, que no lo escribe con otra mira que *para deshacer la autoridad y cabala que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerias*, que si bien los aborrecen muchos, son *alabados de muchos mas*; espresando terminantemente que si esto alcanzaba, *no habria alcanzado poco*. Tal era el furor por estas composiciones, que santa Teresa de Jesus, mujer de extraordinario talento y á quien se atribuye haber eserito una en su juventud, nos refiere en el capítulo II de su *Vida* la aficion que ella y su madre tenian á su lectura, y que *era tan en extremo lo que en esta se embestia, que sino tenia libro nuevo, no le parecia tener contento*. Sin embargo la aparicion del *Quijote* hizo olvidar como por encanto la leyenda que con los suyos tenia fascinadas á las personas de toda clase y condiciones, pues el *don Policisne Boccia* cerró el catálogo de las obras caballerescas en 1602. Y este milagro lo obró Cervantes, mas que por haberlas puesto en ridiculo, por haber producido una novela que las dejaba á todas á una inmensa distancia en la originalidad y en las gracias, donaire y pureza de la diction.

He dicho anteriormente que no se propuso desterrar los romances de caballeria, puesto que él aumentaba su número, sino que se purgasen de los desatinos, lubricidades e inverosimilitudes de que abundaban, y en la persona del canónigo nos manifestó su verdadera opinion al decir en el capítulo XLVIII de la parte primera: "Yo he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerias, guardando en el todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados de esta leyenda, dotos y discretos; y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oír disparates; y de todos he hallado una agradable aprobacion." Sin embargo como el voto general de los lectores no se atemperó á los justos deseos de Cervantes, sino que los escedió dejando en absoluto olvido los libros caballerescos, y los novelistas se conformaron inconsideradamente con él; es preciso investigar, si la nueva senda que adoptaron está esenta de los defectos de aquellos, ó si tambien los tiene sin compensarlos con estímulos de valentia y pundonor. Pero conviene manifestar ante todo la necesidad que hubo de generalizar aquella lectura, y el fin moral y político de los que la inventaron y mantuvieron.

En los siglos duodécimo y los tres siguientes, en que las continuas guerras y los muchos restos del gobierno feudal constituian á los hombres en una especie de vida errante, sin otra propiedad casi que la pecuaria, por ser facil de trasportar, y sin mas apoyo que la lanza, y el poder y la destreza de su brazo; importaba mucho fomentar estremadamente el valor haciendo olvidar al guerrero la magnitud de los peligros que se pudieran ofrecer. Las damas y las doncellas no podian contar tampoco con que las leyes entrenasen al sexo mas fuerte, y les era de todo punto indispensable fiarse de su palabra en las solitarias entrevistas que procura el amor, ó hallar fácil recurso en cualquier caballero que protegiese su inocencia ó vengase el agravio que habian recibido. Todo debia tender por lo mismo á formar á los hombres justos, pundonorosos, afables, emprendedores y valientes, para sostener sus derechos y los de las personas que su amparo buscaban; y nada habia tan propio para imbuirles en estas ideas como la descripción de los

peligros en que podrian verse los caballeros, segun la hace pomposamente Don Quijote en el capítulo L de la parte primera, y de un modo mas conciso en el VI de la segunda por estas palabras:

VICENTE SALVA.

(Concluirá)

SUETOS

En ciertas situaciones de la vida, la gratitud no se espresa con palabras sino con lágrimas; en ellas mojamos la pluma para agradecer á «La Nacion» y á «La Tribuna Nacional» los siguientes sueltos.

G. Mendez.

El inspirado autor del canto *A Buenos Aires*, el tierno cuanto infortunado poeta Gervasio Mendez, de quien se ha dicho con profunda verdad, que vive para sufrir, se ha presentado ayer á la Municipalidad pidiendo se le exonere del pago de impuestos porque no tiene con que hacerlo!

El poeta enfermo acompaña á su solicitud un certificado que dice textualmente:

Certificamos que el señor D. Gervasio Mendez, domiciliado Uruguay 508, es pobre de solemnidad.

A pedido del interesado y á los efectos consiguientes le espedimos el presente.

Buenos Aires, Marzo 8 de 1882.—*Bar-tolomé Mota*, Cura R. del Pilar—*D. Guzman Araoz*, oficial escribiente de la Comisaria.

¡He ahí la vida real de algunos seres á quienes el mundo admira y muchos envidian! . . .

Gervasio Mendez, tullido, postrado en un lecho de dolores sin término, es pobre de solemnidad. . . .

¿No hay alguna autoridad, no hay alguna asociacion, no hay algun hombre que alivie tanta desgracia?

La Nacion.

En la literatura, como en todas las esferas de la actividad social, hay guirnaldas tejidas con flores de primavera y sendas áridas cubiertas de guijarros y espinas. . . .

Los representantes de las letras en todas las edades han confirmado con sus triunfos y su hambre, la verdad fatal de este cuadro en que hay mas sombra que luz.

Victor Hugo canta henchido de satisfaccion en medio de los halagos de la fortuna y el noble Cervantes muere en una bardilla fulto de pan y amparo.

El Tasso pide una limosna para comer y Camoens muere en un hospital. Nerval se suicida por falta de recursos, Poe busca

en la bebida el consuelo que le niegan sus conciudadanos, y sin embargo, ellos han pasado á la posteridad á través de sus harapos, y sus contemporáneos, que los desconocieron negándoles hasta las migajas de sus orgías, ya con olvidados con sus pasiones y su orgullo en el polvo que pisamos, mientras ellos resucitan cada vez que se abre una biblioteca, devolviendo bien por mal y nutriendo con rica sávia intelectual á los hijos y los nietos de los que les negaron agua y pau.

Entre nosotros, también hay uno de esos desheredados.

Todos lo conocen y lo aplauden, y sin embargo se muere de hambre!

Nos referimos á Gervasio Mendez.

Ayer lo visitamos. Vive en una casita humilde situada en un barrio apartado de la ciudad.

Estaba completamente solo... también es difícil que la miseria esté acompañada. Ni una sola queja le oímos. No obstante hace seis años que no se mueve del lecho, y ahora su situación es mas precaria que nunca. Ha tentado todos los medios á su alcance para bastarse á sí mismo, pero sus nobles esfuerzos no le han dado resultados satisfactorios. La vez pasada vendió cigarrillos, despues ha continuado con *El Album del Hogar*, publicacion ventajosamente conocida y que ha contribuido á formar muchos jóvenes literatos. Los cigarrillos no tuvieron éxito y *El Album* ha dado pérdidas algunos meses.

En esta situación se encontraba ahora un año, y entonces varias personas se acercaron al general Roca interesándose por Gervasio Mendez. El General Roca, conociendo los méritos y la desgracia del noble poeta, lo hizo figurar en el presupuesto con mil pesos mensuales. Esta actitud del Jefe del Estado mereció el aplauso general de la prensa sin distincion de colores políticos, tanto por el noble destino que iba á tener ese dinero, cuanto porque el agraciado goza unánime simpatía en toda la República.

Con esta mensualidad el desvalido vate pasó el año pasado con alguna estrechez, pero sin apuros.

Es preciso haber estado al lado de su lecho para poder valorar su temple de alma. Parece mentira que el canto *Los naufragos del mundo*, en que se alienta y se consuela á los desgraciados, se haya

escrito al compas de los ayes que le arrancaban sus dolores físicos. Hé ahí un poeta de raza! Nada ha conseguido aminorar su número. En medio de la atmósfera prosáica que lo rodea, su espíritu luminoso se ha conservado puro, sin contaminarse.

Come de una fonda de á peso el plato, y pobre, modesto y lleno de santa resignacion, no teniendo el paladar estragado por los refinamientos de la cocina francesa ó pensando tal vez en algunos mas necesitados que él, sonríe y su imaginacion soñadora se traslada sin duda á las encantadas mansiones de Capua.

Tanta entereza y resignacion merecen ser premiadas por la sociedad.

Sin embargo, en el presupuesto de este año ha quedado olvidado Gervasio Mendez.

Hace dos meses que no recibe los mil pesos.

El señor Presidente de la República, estamos seguros, no ha de tener conocimiento de esta supresion.

Entendamos que se iba á formar una comision de personas distinguidas para apersonarse al general Roca y hablarle de este asunto.

Aplaudimos el temperamento y estimulamos á esos caballeros para que cuanto antes den cumplimiento á la noble mision que se han impuesto.

Designar de eventuales ó de cualquiera otra partida conveniente, mil pesos para ayudar al sosten de uno de nuestros poetas mas meritorios y populares, seria un acto tan elevado y justo, tan en consonancia con nuestro carácter nacional, que no habria en toda la estension del territorio pátrio, un solo ciudadano argentino que no lo aplaudiese con toda la efusion de su alma.

Interpretando el sentimiento público, para evitarlos un baldon en el futuro, y en el nombre de la patria, que jamás debe invocarse en vano, decimos:—Pan para el poeta!

La Tribuna Nacional.

MISCELANEA

En otro lugar hallará el lector transcriptos dos bellos trabajos en que se aprecian los libros de poesias publicados últimamente por los jóvenes Adolfo Mitre y Alberto Navarro Viola.

Como verán ó habrán visto nuestros lectores, el artículo que se ocupa de Mitre viene firmado con el seudónimo *Sanson Carrasco*.

El público deseará saber á quién oculta y esta vez vamos á ser indiscretos porq' no nos agrada la modestia; cuando vela importuna un mérito verdadero. El autor de esas líneas es Daniel Muñoz, estimable literato oriental y ventajosamente conocido en el Plata por todos los que de literatura se preocupan. Con ese mismo seudónimo ha escrito mucho tiempo en *La Razon* de la vecina orilla, diario político del cual era Director y uno de sus redactores.

El autor del otro artículo es nuestro amigo Benigno B. Lugones.

¿Tendremos algo que decir de él?

Sí,—no porque sea un desconocido en las letras sino porque se trata del mas noble de nuestros jóvenes literatos. Sin envidias, modesto á lo sumo, su pluma, siempre injusta para él, eleva sobre su cabeza á los que juzga.

De Lugones se tienen muchas esperanzas, pero no se le puede medir por lo que produce. No escribe, improvisa. Demos tiempo al tiempo y encontraremos á Lugones, sino el primero, al ménos, entre los primeros. Como prueba de su modestia podrá leerse el párrafo de su trabajo en que se reconoce, en méritos literarios, inferior al poeta que juzga.

El público, de ninguna manera puede apoyar esta especie de abdicacion.

Navarro Viola y Lugones son jóvenes. Tienen clara inteligencia y el porvenir por delante para irlo sembrando de frutos. Allá, cuando hayan terminado la carrera, recien se podrá dar balance para decir de cual lado hay mas méritos. Estas son nuestras ideas al respecto y creemos que las de toda persona sensata al pronunciarse sobre este asunto. ¿Que fallo seria ese cuando las mejores pruebas están por producirse?

* *

La Nacion en su número correspondiente al domingo pasado transcribe la poesia de nuestro Director, titulada *Ay de tí!*...

En su nombre, agradecemos esa distincion, así como las siguientes benevolas palabras que la preceden:

El *Album del Hogar* ha engalanado su número de hoy con una composicion de su infortunado Director, el inspirado Gervasio Mendez.

Tras prolongado silencio, el poeta enfermo nos ha dado al fin un canto, que es un quejido del alma, un pedazo de su corazon y cuyo mérito seria criminal eucarecer, porque esos versos se bastan y se sobran á sí mismos para hacer su propia alabanza.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

Buenos Aires, Marzo 19 de 1882

¿HA SIDO JUZGADO EL DON QUIJOTE SEGUN ESTA OBRA MERECE?

(Continuacion.)

«El buen caballero andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas no solo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino y mas ardiendo que un horno de vidrio; no le han de espantar en manera alguna, antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir; y si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero.» Y el resultado natural en cualquiera que tuviese acolorada la fantasia con tales imágenes, seria poder repetir con Don Quijote (capítulo L antes citado): «De mi sé decir, que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos.»

Es cierto que aquellas novelas exageraban sobrado los riesgos y el denuedo que debia ponerse para superarlos, formando mas bien una escuela de hombres calaveras que de verdaderos valientes; pero tal es nuestra condicion que conviene aconsejarnos los estreños, para que nos quedemos en un buen medio. «Como me cupo en suerte,» decia don Quijote al caballero del verde gaban (capítulo XVII de la segunda parte), «ser uno del número de la

andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente, toque y suba al punto de temerario, que no baje y toque en el punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas que de menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero es tímido y cobarde.»

Tampoco negaré que los libros de caballerías llenaban la imaginacion de seres fantásticos y ridículos, hacian consistir el honor en lo que no debe formar su base, obligaban á los hombres á guardar su palabra hasta un punto indebido, é inducian á las jóvenes á que fiadas en la honradez á toda prueba del caballero que les pedia una entrevista por la ventana ó á la puerta de un jardín, le introdujesen poco cautas en su aposento. Pero ¿hemos adelantado mucho en esta parte con las novelas que reemplazaron á las caballerescas? ¿Son mas honestos sus amorios ni mas decorosas las frases de que se visten las pasiones? ¿Procuran sus autores cubrirlas siquiera con un velo para darles mas atractivo, ó las presentan por el contrario en toda su desnudez y tan mal ataviadas, que su asquerosa vista revuelve al lector menos delicado? No hablo aquí de tantos libros como la Francia en particular ha abortado, que son la escuela priyativa del desenfreno y de la mas soez obscenidad, cuyos títulos no pueden ser pronunciados donde se tenga en algun aprecio el

pudor; ni de los de una clase menos lúbrica, cuales son *Felicia*, las *Amistades peligrosas* y el *Faublas*, obras que tampoco pueden engendrar sino desenvoltura y corrupcion; y aludiendo solo, si se quiere, á los que se hallan en manos de personas que se curan algo mas del decoro, me contentaré con citar el juicio que Rousseau hace de su *Julia ó la nueva Heloisa* en el prólogo por estas palabras: «Este libro puede ser útil á las mujeres que en medio de una vida desarreglada han conservado algun apego á la honestidad. No diré lo mismo respecto de las muchachas, ninguna que sea verdaderamente casta, debe leer novelas; y yo he puesto á la mia un título bastante claro, para que se adivine cuál puede ser su contenido. La doncella que no obstante lo que dice su portada, se atreva á leer una sola página, es una mujer depravada; pero que no achaque su estrago á mi libro, porque el mal ya estaba hecho.»

Despues de leer el fallo de un escritor veraz cuanto profundo, ¿qué nos resta sino desear que los novelistas abandonen el rumbo adoptado de doscientos años acá, que resuciten el gusto de nuestros mayores, y que podamos decir con verdad lo que Calderon en la jornada primera de *el Maestro de danzar*:

Las locuras

De Esplandian y Belianis,

Amádis y Beltenébros,

A pesar de *Don Quijote*,

Hoy á revivir han vuelto?

No temar por eso dejar de ser leídos, pudiéndoles servir de estímulo lo que sucede con las novelas de sir Walter Scott, cuyo principal mérito consiste en haber reproducido los tiempos, máximas y artificio de los libros caballerescos. Sus cuentos son los que principalmente se leen en toda Europa, aunque son muchos, se refieren los mas á sucesos de la historia de Inglaterra, y tienen en mi sentir tres defectos, dos de ellos muy reparables para todos los que no han nacido en aquel país. Es el primero no resaltar bastante en general los protagonistas, los

cuales desempeñan las mas veces un papel subordinado, por lo mucho que ocupan al autor otros personajes, cuyas sobresalientes prendas llegan á colocarlos en el primer término del cuadro: el segundo consiste en ser un resorte muy débil el amor, y esto se hace muy notable en los climas que reciben mas directamente el influjo de aquel astro que vivifica á la naturaleza y la convida á reproducirse; y debe contarse como tercero el uso frecuente del dialecto escoces, singularidad que habia adoptado antes de venir, introduciendo en sus comedias personas que hablan el veneciano, y que tres siglos hace empleó ya en la *Scrafina* y *Tueneria* nuestro Torres Naharro, llevandola al extremo de hacer hablar á los interlocutores en castellano, latin macarrónico, italiano, frances, portugues y veneciano.

En medio del desenfreno á que estamos como avezados, todavía leemos con placer lo que el rey don Alfonso el onceno previno al principio de su *Ordenamiento de la Banda*, diciendo, que «la primera manera de lealtad es guardarla á su señor, y la segunda amar verdaderamente á quien se hubiere de amar, especialmente aquella en quien pusiese (el caballero) su intencion;» y que así los caballeros que entrasen en la *Orden de la Banda*, debian mantener estas tres cosas mas que los otros caballeros, á saber, «ser leales á sus señores é amar lealmente aquella en quien pusiesen su corazon, é fenderse por caballeros mas que otros para hacer mas altas caballerías.» Todavía resuenan en nuestro corazon las palabras con que Suero de Quiñones se dirigia al rey don Juan segundo diciendo: «Deseo justo é razonable es, los que en prisiones, ó fuera de su libre poder son, desear libertad; é como yo vasallo é natural vuestro sea en prision de una señora de gran tiempo acá, en señal de la cual todos los jueves traigo á mi cuello este fierro, segun notorio sea en vuestra magnífica corte é reinos, é fuera de ellos por los farantes que la semejante prision con mis armas han llevado. Agora pues, poderoso señor, en nombre del apóstol Santiago yo he concertado mi rescate, el cual es trescientas lanzas romper por el asta con fierros de Milan, de mí é destos caballeros.» Siguen despues en el párrafo sexto las condiciones del reto, siendo la vigésima segunda, que «si la señora cuyo yo soy, pasare por aquel lugar, que podrá ir segura su mano derecha de perder el

guante, é que ningun gentil hombre fura por ellas armas, si non yo, pues que en el mundo non ha quien tan verdaderamente las pueda hacer como yo.»

Estúdiense en la relacion de este público y autorizado desafio la delicadeza y acatamiento con que eran miradas las damas, y hallaremos en los §§ 20 y 54 la competencia suscitada entre los caballeros, para librar los guantes de cinco señoras que casualmente pisaron los términos del *pase*; en el 57 la peticion y reto de Lope de Sorgia para que fuese de cargo suyo librar los guantes de cuantas señoras acudiesen sin caballeros, y en el 53 que Pero, hijo de Alvar Gomez, hizo armas con Pero Vazquez de Castilblanco por poner en libertad el guante de la dueña Inés Alvarez de Biezma. Las señoras son ciertamente las que mas han perdido con el destierro de los libros caballescros y de las máximas que su lectura inculcaba. A buen seguro que no se propasaria entonces ningun jóven, por atrevido y lenguaraz que fuese, á vanagloriarse entre sus compañeros, de los favores recibidos, y mucho menos de los sonados, ni de las hermosuras que entretiene, engaña y burla, para escitar los aplausos y la emulacion de sus iguales. Porque las novelas que han reemplazado á las antiguas, han dejado de imbuirnos aquellos sentimientos de fidelidad, honradez y pundonor, que si bien exagerados, eran cuales los necesita la juventud, para que hagan impresion en una edad que fácilmente se desentiende de los buenos principios morales.

Por fortuna el teatro, esa concurrencia de diversion y de buen gusto, al puso que sostenia el lustre de nuestro Parnaso, cuando no podia leerse ningun poeta de los que escribian fuera de él, y mientras formaba con su escelente y castizo lenguaje una contraposicion singular con el iruhanesco é ininteligible de los malos predicadores que zaherian, perseguian y condenaban las comedias sin conocerlas; era al mismo tiempo, bajo el concepto que nos ocupa, la verdadera *escuela de las costumbres*, porque representaba las de nuestros mayores, señalándolas como el tipo á que todos los españoles debian ajustarse. Las damas y galanes de Calderon, Montalvan, Moreto, Rójas y Solis no eran sin disputa los que se estilaban en su tiempo, y aun Zamora y Cañizáres probaron en la primera mitad del siglo XVIII que estudiaban con provecho á Lope de Vega,

Tirso de Molina, Ruiz de Alarcon, Vélez de Guevara y á los demas padres del drama español, que tan empapados estaban en los principios de nuestra fina galanteria. Y gracias á estos escritores, que ni en la versificacion ni en el lenguaje pagaron tributo al contagio general de su época, nuestras costumbres han conservado siempre un sabor de respetable antigüedad, y el pudonor y probidad española han quedado como proverbiales en todos los ángulos de la tierra. A estos preciosos vestigios de nuestro carácter primitivo debemos indudablemente el ventajoso juicio que de nosotros hizo un escritor tan eminente como Alfieri, cuando dijo en el capít. XII de la *Época tercera de su vida, año de 1772*: «De Sevilla me gustó mucho el hermoso clima y las facciones originalísimas y españolísimas que se conservan aun en aquella ciudad mas que en ninguna otra del reino, pues yo siempre he preferido los originales, aunque malos, á las mejores copias. La nacion española y la portuguesa son efectivamente casi las únicas de Europa que conservan en la actualidad sus costumbres, en especial las clases ínfima y mediana. Y no obstante que el bien anda como naufraga en medio del mar de preocupaciones de todo género que allí dominan, todavía creo que aquel pueblo es una escelente materia primera, que puede amoldarse fácilmente á las cosas grandes, particularmente á las virtudes militares, porque posee todos los elementos en grado supremo, el valor, la perseverancia, la honradez, la sobriedad, la obediencia, el sufrimiento y la elevacion de ánimo.»

Si las calamidades que nos agovian en todo lo que va de este siglo, la guerra con nuestros vecinos y las disensiones domésticas, hacen que esta pintura no pueda aplicársenos con tanta justicia como en el anterior, trabajemos por reparar las funestas consecuencias de tanto desastre, poniendo en práctica para conseguirlo, el consejo que el rey sabio daba á sus contemporáneos en la ley XX del título XXI de la *Partida* segunda, diciendo: «Ordenaron (los antiguos) que así como en tiempo de guerra aprendian fecho darmas por vista et por prueba, que otrosi en tiempo de paz aprendiesen por oida et por entendimiento; et por eso acostumbraban los caballeros cuando comien, que les leyese en las hestorias de los grandes fechos de armas que los otros tecieran, et los sesos et los esfuerzos que hobieron para

saber vencer et acabar lo que querien, et alli do non habien tales escripturas, facienselo retraer á los caballeros buenos et ancianos que se en ello acertaron; et sin todo esto aun facien mas, que los juglares non dijessen antellos otros cantares, sinon de gesta ó que fablasen de fecho darmas. Et eso mesmo facien que cuando non podiesen dormir, cada uno en su posada se facie leer et retraer estas cosas sobredichas; et esto era porque oyéndolas les crescian los corazones, et esforzábanse faciendo bien queriendo llegar á lo que los otros facieran ó pasara por ellos.»

Aprovechemos los restos de probidad que todavía nos quedan, para reedificar sobre tan buenos cimientos la moral pública. No obstante la corrupcion que reina, tal es el prestigio que ejerce la virtud en nuestros corazones, que aun admiramos sobre las tablas á esos caballeros, que nunca vacilaban en esponer la vida para prestar su auxilio á cualquiera dama que se veia ofendida, ultrajada ó burlada. ¡Cuánto nos enamoran esos galanes, que fieles al príncipe y á la amistad, no dejaban de serlo al amor, y los que no faltaban á sus leyes puestas en los mayores conflictos, y ménos á las de la generosidad, la mas noble y desinteresada de todas las virtudes! No tengamos pues por imposible la reforma, ni nos abandonemos al desaliento hasta el punto de repetir con don Quijote (parte II capítulo I: "No es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades, donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes." Reunamos por el contrario todos nuestros esfuerzos para que desaparezcan las combinaciones del frio cálculo, las miras del interes propio y los proyectos de utilidad personal, si han de escluir los afectos del corazón, los sentimientos de humanidad, la deliciosa comunicacion de las almas, y el anhelo de acometer grandes empresas sin reparar en los obstáculos y sacrificando, si es menester, nuestras pasiones mas halagüeñas.

VICENTE SALVA.

(Concluirá)

VISION

—

Anoche yo soñaba que á la triste,
Lánguida luz del astro de las lágrimas,
Bañada por sus trémulos reflejos,
Sobre un lecho de lirios dormitaba.

En mis pálidas sienes pensativas
Creia sentir el roce de las alas
De los fugaces génius de la noche,
Que un beso en ellas al pasar dejaban.

Sobre del lazo material, mi espíritu
Iba á volar á una region estraña,
Cuando sentí de pronto que á mi mano
Tibia y suave otra mano se enlazaba.

Y un acento despues, vago y jiniente
Como el eco fugaz de la campana,
Entre el trémulo soplo de un suspiro
Fué deslizandó á mi oide estas palabras:

"Alma doliente que anhelando vives
La eterna paz de una region soñada,
Deja este oscuro sueño, y ven conmigo
Al mundo de la luz y de la calma.

"Allí, alma triste, encontrarás sin duda,
Lo que aqui siempre buscas y no hallas;
Allí, á lo menos, calmarás un tanto
Esa sed de infinito que te abrasa!

"Ves esos rayos que en la onda quiebra
Al enviarnos la luna su mirada?
Yo por ellos bajé; ven, ahora quiero
Por sus huellas de luz guiar tu planta".

Calló la voz; sobre mi sien ardiente
Sentí como un aliento que la oreaba,
Y al calor de aquel beso misterioso
Volvió á ujitar mi espíritu las alas.

Y cuando iba de nuevo á desprenderse
Del lazo material de esta *mirada*,
Al esfuerzo cruel de aquel arranque
Soñé que lancé un ¡ay! ... ¡y despertaba!

Soñé tambien que al entreabrir los ojos
Alcé al astro nocturno la mirada
Y que vi, por sus trémulos reflejos,
Deslizarse una sombra aérea y vaga.

CELESTINA FUNES.

SUETOS

—

En nuestro número anterior transcribimos dos sueltos, uno de *La Nacion* y otro de *La Tribuna Nacional*, en los que

se hablaba de la situacion por que pasa nuestro Director.

Ahora nos toca hacer otro tanto con los que han aparecido en *El Correo Español* y *Las Provincias*.

La noble conducta observada por estos colegas, no puede ser mas digna y elevada. Ella importa un dulce consuelo que retemplará, á no dudarlo, el alma angustiada de nuestro querido amigo y Director, por tantas vicisitudes como ha pasado en una vida de constantes pruebas.

Es en la desgracia cuando pueden valorarse y darles el alcance y todo el significado que tienen, á estas manifestaciones espontáneas de verdadera simpatía.

Quiere decir que la desgracia de nuestro querido poeta, tiene repercusion en nobles pechos, que la compadecen y tratan de remediarla.

Esto eleva el concepto de la dignidad humana y nos demuestra que la indiferencia por el mal ajevo no es absoluta en nuestra sociedad.

A los colegas mencionados nuestros agradecimientos en nombre de nuestro Director.

Tambien los hacemos extensivos al respetable caballero don Luis Obligado por su proceder generoso para con Mendez y á nuestro colaborador el poeta Leopoldo Diaz por haber enviado una lista con treinta suscritores.

Ahora, léanse los sueltos á que nos hemos referido mas arriba:

Nuestro queridísimo amigo el inspirado poeta don Gervasio Mendez se ha presentado á la Municipalidad pidiendose le exonerare del pago de impuestos, porque carece de recursos para ello.

He aquí el certificado que segun un colega, ha acompañado á su solicitud:

"Certificamos que el señor don Gervasio Mendez, domiciliado Uruguay 508, es pobre de solemnidad.

"A pedido del interesado y á los efectos consiguientes le espedimos el presente.

"Buenos Aires, Marzo 8 de 1882—*Bar-tolomé Mota*, cura R. del Pilar—*D. Gazcon Araoz*, oficial escribiente de la Comisaria."

Sabíamos que la situacion del inspirado poeta entre-rriano ora tristísima, pero ignorábamos que la miseria se hubiese instalado desvergonzadamente en su pobre hogar.

Gervasio Mendez, el inspirado poeta que tan dulcísimos cantos ha sabido arrancar de su plectro, que tanto lustre ha dado á

las americanas letras, que tan envidiable puesto se ha conquistado en el Parnaso Argentino, no solo vive enclavado como en un pozo, en el lecho del dolor, apurando el amarguísimo cáliz de la desventura, sino que ha sido abandonado por los que están en el ineludible deber de tenderle una mano protectora, de restañar las heridas de su alma, de enjugar las lágrimas de sus ojos.

Y mientras se deja perecer de hambre y de desesperación á ese ser nobilísimo, dechado de todas las virtudes, resumen viviente de todos los dolores, hay filántropos que organizan asociaciones para proteger á los brutos, como si los brutos fueran mas dignos de compasión que esos pobres náufragos del proceloso mar de la vida, á quienes se abandona á su suerte!

No, no queremos creer, no podemos creer que la sociedad porteña mire con ojos indiferentes tan inmensa desgracia y hora es ya de que se haga algo por ese sér sin ventura, á quien impedimentos físicos le privan de ganar el pan con el sudor de su frente.

¿Hemos de dejarle perecer de hambre, hemos de escuchar estoicos sus amarguísimas quejas?

Gervasio Mendez ha ilustrado el nombre de la provincia donde se meciera su cuna y deber de Entre-Ríos, deber ineludible es tomar bajo su protección á uno de sus hijos mas distinguidos y mas desgraciados.

Si se envanece con su talento, si se apresura á recoger las primorosas joyas literarias que produce su genio, justo es que no deje en el desamparo mas horrible á ese sér desdichado á quien la desventura corona de espinas y á quien la ingratitud dá á beber hiel y vinagre.

Creemos que nuestros queridos é ilustrados colegas entre-rianos acogerán con simpatía nuestra idea, y no tendremos que deplorar por mas tiempo el bochornoso espectáculo que ofrece ese pobre hogar del poeta, del que ha hecho la miseria su palacio, y todos los dolores su oscuro nido.

El Correo Español.

Nuestro colega "La Tribuna Nacional" dedica en su número de ayer unas justas palabras al simpático y popular poeta entre-riano Gervasio Méndez.

Es un móvil generoso el que impulsa al autor de esas líneas á pedir un consuelo para el vate infortunado. Méndez necesita

un apoyo; es deber de todo argentino prestárselo.

Si todos conocieran la situación amarga porque atraviesa actualmente, si todos pudieran comprender los inmensos sufrimientos de esa alma abnegada, entonces serian menos tristes las horas solitarias de un jóven de corazón delicado y espíritu gigante, amarrado por la suerte á un lecho de dolor.

Esto es Méndez: un náufrago en el mar de la vida, que dirige sus miradas anhelantes á la playa salvadora.

Se ha recordado que el general Roca había hecho figurar en el presupuesto con mil pesos mje al desgraciado director del "Album del Hogar."

Pero en el nuevo presupuesto parece que no figura esa partida, pequeña para el erario, pero grande para Méndez que algo se aliviaba con esa cantidad.

Debe ser un olvido. El Presidente de la Republica, cuyos nobles sentimientos son bien conocidos, no debe tener conocimiento de esa supresión, de lo contrario ya hubiese remediado ese olvido.

Pero, esperamos que el Presidente tenderá una mano protectora al desvalido poeta entre-riano que todos admiran y compadecen; admiran por su gran corazón, su abnegación y elevado espíritu, y compadecen por su estado, su pobreza, su eterna soledad en medio del tumulto de esta ciudad opulenta, y su perseverancia para bastarse á sí mismo con el trabajo que puede efectuar un ser paralítico.

Hay muchos modos de poder socorrerlo.

Que sus amigos inicien una suscripción, que se organice una conferencia ó un concierto en uno de nuestros teatros para con su producto proporcionar un pan al bardo desgraciado.

Quien permanecerá indiferente á este llamado de la desgracia?

Las Provincias.

Hemos dicho ya que Gervasio Méndez, el inspirado poeta á quien la fatalidad tiene encadenado al lecho del dolor se encuentra bajo el peso de la mas abrumadora miseria.

Méndez, cuya lira ha exhalado en ocasiones diversas las mas sentidas notas en las conferencias literarias que nuestra colonia ha celebrado con filantrópicos fines, no es por cierto un ser extraño para nosotros; antes, por el contrario, nos hemos acostumbrado á ver en él un

hermano carosísimo, digno de toda nuestra consideración y respeto.

Los españoles, cuyos hidalgos sentimientos son proverbiales, no pueden bajo ningun concepto mirar con ojos de indiferencia á ese ser sin ventura, á quien la ingratitud parece abandonar en brazos de la desesperación, en lugar de arrancarle de las aceradas garras de la miseria.

Gervasio Méndez publica un periódico semanal, digno, por las condiciones literarias, del favor público, y á su mejor éxito y á su mayor circulación tienden nuestros humildes esfuerzos, pues esa hoja, que hoy arrastra una existencia precaria, puede ser una verdadera tabla de salvación para el noble poeta enfermo.

Diez pesos cuesta solo la suscripción mensual de *El Album del Hogar*, ínfima suma que puede sufragar hasta el mas modesto industrial, y, ¿quién se negará á contribuir con tan pequeño sacrificio al sosten de una publicación que, aparte de la excelencia y bondad de su texto, es la única fuente de recursos con que cuenta el que tanto lustre ha dado á las americanas letras?

Espero, comprendemos que nuestra propaganda no surtirá todo el efecto apetecido si se nos deja solos, si nuestros colegas locales no uenen su autorizada voz á nuestra voz humilde, si no nos ayudan en la tarea emprendida, sino apadrinan, en suma, nuestra idea, nacida de un sentimiento de compañerismo y fraternidad literaria, que quisiéramos ver apoyada calurosamente por los compatriotas del que, demasiado digno para mendigar una limosna, preferirá mil veces morir de hambre y desesperación en su pobre y oscuro y desolado hogar.

Esperamos que nuestros apreciables colegas de Entre-Ríos se apresurarán á ayudarnos eficazmente en tan humanitaria empresa, tratándose, como se trata, de uno de los hijos mas distinguidos de aquella provincia y uno de los que mas han ilustrado su nombre.

Las oficinas de *El Album del Hogar* hallanse establecidas en la calle de Uruguay, 508, y esperamos que nuestros compatriotas se apresurarán á aumentar sus listas de suscripción, honrando así á la desgracia y satisfaciendo una verdadera deuda de gratitud, tanto mas sagrada, cuanto que no se reclama su pago.

El Correo Español.

EL ANGEL DE LAS SOMBRAS

—

Cuando entreabren las lilas su capullo
Y abre el nenúfar su nevado broche,
Se escucha de unas álas el murmullo,
En la calma solemne de la noche...

Todo yace en silencio: la llanura
Con sus velos chispeantes de rocío,
La estension insondable, la espesura,
La selva misteriosa, el ancho río!...

Sobre un cielo sin nubes, blanca perla,
Sus rayos sin calor vierte la luna,
Y las olas del lago, para verla,
Se revuelven calladas en su cuna!...

Cruza entonces un ángel por el cielo,
Como cruza un relámpago la sombra,
Unas álas se inclinan hasta el suelo
Y hay un acento que al pasar nos nombra!

LEOPOLDO DIAZ.

LLENAR CARILLAS

—

No hay cosa peor en el mundo que
tener fama de malicioso.

Héme aquí, yo que soy un gran ino-
cente con esa triste fama. Es en vano que
hable de la cosa mas trivial y tonta: no
faltará algún zopenco que se figure que
trato de hacerle una zancadilla á la fama
en que cabalga su imaginación.

Es por esto, que siempre me agrada
disertar sobre temas que se caen de
zonzos y pesados.

Ademas, me parece que en literatura
todo objeto está llenado si se consigue
llenar el espacio que uno se propone.

Sin embargo, pocas cosas tan difíciles
como escribir mucho y no decir nada...
ni disparates siquiera.

Para el caso, me parece, se necesita
un verdadero talento.

A nadie admiro mas, que á esos escri-
tores que beben en todas las fuentes,
tratan todas las cuestiones y jamas se
comprometen. Verdaderas gaviotas, solo
rizan la superficie de las aguas.

Yo hoy tengo que llenar algunas
carillas. Tengo temas como para prestar,
pero se me ha puesto entre ceja y ceja
ser simple hasta la vereda de enfrente y
no comprometer ninguna idea que pueda
herir la susceptibilidad de alguno.

¿De que hablar entonces?

Oh! la eleccion de tema no es para
pensarla mucho. Hay uno que cuadra á
todos los estilos y no obstante ser viejo
parece siempre nuevo.

Me refiero al amor.

¡Qué lindo es el amor, lectora!

Ah! es cuadrúpedo..... diria algun
sordo.



¿Qué tal hago el papel de zozzo?

Para haberme ensayado desde que
nací, no va mal, me parece.

Sigamos con el amor.

(Y van tres carillas.)



¿Qué es el amor?

Un momento... tengo que pensarlo
porque quiero dar una definición nueva.

El amor... si señores, señoritas y gatos
de la casa,—lo digo y lo probaré... el
amor es una enfermedad.

Una enfermedad que debe colocarse
entre las variaciones de la locura.

Los síntomas de este mal son caracte-
rísticos.

Empieza por un cambio radical en las
ideas: el avaro se torna pródigo, el desa-
liñado presumido, el cobarde valiente,
etc, y viceversa.

Pero es muy difícil deslindar los actos
que se producen por la propia fuerza de
la naturaleza y los que se llevan á cabo
por los consejos de la imaginación.

Cuando se escribe de estas cosas se
dice siempre que el amor vuelve tonto
al discreto y aviva al que es de capirote.
Niego rotundamente tal aserto.

Nada, ni el amor, es capaz de conver-
tir en pícaro á un zozzo.

Y esto no ha de quedar por pruebas,
pues aquí estoy yo.

(Y van cinco carillas.)



Si tomase á lo serio la cosa podria
tratar sistemáticamente muchos puntos
que se relacionan con la materia.

Entonces, adoptaria este plan.

1º El novio. 2º Las cartas. 3º El
retrato. 4º El baile. 5º El ramito.
6º Los celos. 7º Nostalgia ó suicidio.
8º Desesperación que concluye en la
cena ú otra parte. 9º Casamiento. 10
Delirio de amor. 11 Rabiétsas, vulgaridad
y arrepentimiento. 12 La fruta del cer-
cado ajeno.

Pero si bandurriara sobre tan origina-

les temas tendria que decir algunas
cosillas que podrian muy bien coincidir
con las que suceden en algunas casas, y
ya he dicho, que no quiero dar pretexto
á nadie para que suponga que pienso en
él: mi único objeto es ir ganando espacio
y hago cesion de esos temas á los
literatos de la posteridad.

(Y van seis carillas.)



Los poetas son unos mentirosos... se
me escapó la frase. Bien lo decia yo.
No es para todos la bota de potro. Esto
de escribir sin comprometer ninguna
opinion es el límite de lo difícil. Pero
en fin, el barro está hecho y no hay
mas que seguir adelante.

Digo que los poetas son unos mentirosos,
porque cantan la eterna fidelidad del
amor.

Si el matrimonio es contrario á la na-
turaleza es porque obliga á amar á una
sola persona.

Esto no es posible y solo la cándida é
inesperta juventud puede creerlo.

Yo, que ya he pasado de los cuarenta,
puedo decirlo.

Hay ejemplo de que un hombre ó una
mujer hayan amado á un solo ser de sexo
opuesto? Si existe, desearia conocerlo.

Lo mismo que con el amor sucede con
la comida.

Le presentan á uno un plato exquisito
y al estarlo paladeando se cree con dis-
posiciones para tragarlo todos los dias de
su vida, pero pasa algun tiempo y ese mis-
mo manjar le produce náuseas.

Despues de leer este párrafo, con que
agrado no me asestaria una trompada
cualquier enamorado!

¿Pero que le vamos á hacer?

Para la verdad y el dolor no hay otro
remedio conocido que el tiempo,—bálsamo
inconsciente que descubre la primera y
aduerme al último.

Cuántos hay, que creen que amarán á
sus respectivas novias hasta la época en
que lleguen á ser abuelas, con el mismo
afecto que les demuestran actualmente!....

Los pobrecitos ignoran que para esas
cosas no hay mas que un camino.

Se casan, la señora les regala cada año
un fruto de bendición, y como es natural,
despues de estas *naturalidades*, el talle de
la esposa se dilata y se divorcia con todos
los cinturones y todas las formas suaves
y esbeltas.

¿Que sucede entonces? Que los mari-
ditos sin darse cuenta de lo que hacen,

de una manera fatal y contra sus deseos empiezan à guiñarles el ojo à las sirvientitas.

Bribones!



Amar à una sola mujer! no entro en ese reino estrecho y contra natura.

Estas son mis ideas aun aceptando el precepto evangélico de desear para los otros lo que uno ansia para si.

Por lo tanto, no deseo ni aspiro al único y solo amor de una mujer.

Desearia que todas las que existen me amasen, aunque fuese en comaudita.

Soy de los que creen que mas valen muchos pocos que un solo mucho.

(Se concluyeron las carillas. Alabado sea Dios!)

MUSTAFA.

EL CANTARO ROTO



Cantando alegremente,
De amor y vida y esperanza llena,
Una niña morena
Por agua iba à la fuente,
Escondida entre mirtos y entre rosas,
Del carmin de sus labios envidiosas.
Si modesto jubon y corta saya
Publican su humildad y su pobreza,
Tambien su juventud y gentileza:
¡Oh! mal haya, mal haya
Quien destruir osàre la ventura
De que en sus dulces ojos hay destellos!
Pues asomada en ellos

Siempre un alma se ve, serena y pura.

Los pájaros, oyéndola, cantaban;

El agua, que corria

Entre césped y juncos, sonreía;

En su cristal los olmos se miraban,

Turbando únicamente de aquel cielo

Una ligera nube el claro velo,

Siempre azul en tan bellas soledades:

¡Quién sospechar pudiera

Que es à veces la nube más ligera

Auuncie de terribles tempestades!

La muchacha sencilla,

Cuando el sol ya tocaba en el ocaso,

À la fuente llegó con ágil paso

Y puso el rojo cantar en la orilla.

El coro de las aves la saluda

De trinos y gorjeos con la salva

A la pacible claridad del alba.

Y aquí asalta una duda

De improviso à mi mente;

No sé qué diera yo por salir de ella;

¡Iba, cual dije, la gentil doncella

Sólo por agua à la escóndida fuente? . . .

El que tenga la llave

Del corazon humano,

Que encierra en cada sér profundo arcano,

À mi duda responda si lo sabe.

Tornando en derredor los negros ojos

Con el afan inquieto del que aguarda

Lo que mucho desea y mucho tarda,

Sentóse pensativa,

Ayutada en la mano la alta frente,

Que el sol y el aire doran suavemente,

Como sus largas crenchas mal trenzadas,

De campesinas flores adornadas;

Y con el pié desnudo,

Cuya blanquera natural sombrea

El polvo del camino, seco y rudo,

La niña el suelo sin cesar golpea,

Signiando el movimiento apresurado

Del corazon, que late ennumerado.

El tiempo trascurria;

La casta flor de noche

El rayo de la luna recibia,

Abriendo à su contacto el verde broche,

Y en vano era esperar! nadie venia.

Entónces la aldeana

En pié se puso, trémula de enojos

Pintados en el fuego de sus ojos,

Y el cántaro cogiendo con tristeza

Lo colocó agitada en su cabeza.

Mas ¡ay! que dado un paso apenas hubo,

Perdiendo el equilibrio, en su despecho,

El cántaro quedó pedazos hecho,

Y un corazon con el; que à los cristales

Del agua derramada allí con ruido

Se unieron de dos ojos los raudales.

Las aves, sin reposo

Por el presente mal y el que recelan,

Interrumpen su cántico armonioso

Y en busca de otro asilo raudas vuelan.

La nube que del cielo

Turbaba únicamente el azul velo,

Extendiéndose va densa y oscura;

En su seno el relámpago fulgura.

Todo es triste señal, todo presagio

De tormenta, de riesgo y de naufragio

De algun soñado bien. ¡Oh loco empeño!

¿Quién fia en la verdad hija de un sueño?

«¡Tres citas sin venir!... ¡Ah! no me quiere;

Ciega estaria yo, si no lo viere;

Dar crédito à su amor es desatino;»

Por el ancho camino

Que parte en dos mitades la campiña,

Murmuraba la niña.

Andando . . . andando hacia el lugar vecino.

A veces, con más fiero

Dolor y desvarío,

En que descubre el corazon entero,

Exclamaba: «¡Dios mío!

¡Cómo olvidarle, si por él me mueró!»

Y signió andando . . . andando,

Y aunque remedio la infeliz no alcanza,

Todavía en un resto de esperanza

Yo no sé qué ilusion va fabricando,

Que à poco se deshace

Para servir de cuna

À la ilusion que nace;

Siempre fué así la vida, una cadena

Que el placer eslabona con la pena.

Y así sucedió entónces; del espeso

Ramaje de un sotillo

Salió el rumor de un beso,

O tal se lo fingió la fantasia

À la pobre muchacha que lo oia:

Y oyó el cantar de acento conocido

À claro acento de mujer unido,

Amado el uno cuando Dios queria,

El otro eternamente aborrecido.

No hay duda ya; la deja, la abandona

El desleal mancebo;

Con espinas corona

El tierno amor de tiempos más felices,

Que aun en ella canserva hondas raíces,

Desde el infausto dia,

De su fiel corazon fué desterrada,

Como hnesped molesto, la alegría.

¿Tendrá su pena coto?

¿Otra pasion la encontrará indefensa?... .

No sé; mas siempre que un amante voto

Le jura lealtad, la niña piensa

En el cántaro roto.

VENTURA RUIZ AGUILERA

GRITO!

Que se hace en la ausencia horrible?
Se llora, se sufre, se duda de todo.

El espacio se puebla de tinieblas, se ve las gentes del mundo como seres detestables, se les maldice porque él no está entre ellas. La fé vacila, la creacion está muda, nada habla al corazon que late desesperado en la impotencia de un dolor sin consuelo.

Se oye la palabra agena, con la indiferencia del idiota: no es su voz dulce, no es su eco que llama y acaricia con la suavidad infinita de una armonia del cielo. Odiamos todo: no hay luz, no hay flores, no hay hombres sobre la tierra; el mismo cielo nos parece igual, todo muerto. . . él no está!

Que importan, entonces, todas las bellezas de la naturaleza? Las sublimidades del cielo, ¿qué importan?—si él no está cerca no hay luz, colores, perfumes ni armonías.

Todo está muerto en torno de mi vida solitaria, de mi vida estéril y sin objeto!

Con el sollozo en el corazón, con el rostro místico y dolorido de sufrir, he alzado mis ojos al cielo, mis ojos que lo buscan y lo aman.

Oh! y él no estaba allí tampoco. Oh Leoncio! . . .

Todo es extraño en torno de mi vida! Que horrible vacío, que horrible y eterno vacío!

Alma querida, donde estás? . . . Solo el eco responde al sempiterno lamento: lejos. . .lejos! . . .

Yo he sentido tu voz, tu canto, como un sollozo, ha venido en la distancia, en la enorme distancia, á estrellarse sobre este pobre corazón que te ama. . . .

Cada sílaba, era como un latido de tu corazón, como una gota de tu sangre, de tu sangre noble que pasa millones de veces en un segundo por las arterias de tu corazón. . . .

He oído tu canto; cada eco, cada palabra arranca una lágrima á mis ojos, un sollozo á mi alma.

He pensado esto: Amada así, se puede vivir en el martirio, también hay un camino: el cielo. Tu alma y la mía son grandes, cabe en ellas esa esperanzal

Allá! . . . Alma inmortal, esperal . . . Esperar! . . . Cinco años! . . .

Oh Dios! y hay fé, y hay fuerza, y siempre igual el porvenir, siempre igual y monótona la precaria existencial. . . Igual es hoy al ayer, al mañana. La caricia y tras ella la lágrima, el eterno sollozo, después la ausencia sin término. . . Oh! maldita sea la vida, maldita sea! . . .

¿Has sido tú feliz, acaso, una sola vez? Nunca, mentiral. . . Visiones destellos pasajeros cubiertos siempre con la duda horrible y el temor miserable.

He ahí dichas inocentes y secretas. Después sollozos! ¡Amas y esperas!

No, no esperas nada, todo es mentira: cielo, esperanza, felicidad.

Dolor, ausencia irremediable y eterna tristeza, tiniebla, desolación infinita, he ahí la verdad, la triste y sola verdad!

Lejos de tí no sé distinguir el más

pequeño halago de las ilusiones de la vida.

Al faltarme tu presencia me falta todo; sin tí no soy nada.

Una muerta que anda sobre el mundo como un fantasma; no hay luz en mis ojos, ni sonrisas en mis labios, ni voz en mi garganta, ni albos en mi rostro, soy una muerta que anda y lleva vivo solo el corazón dentro el pecho, el corazón que late por tí. . . .

Oh Leoncio! solo este dulce nombre pronuncian mis labios en el recogimiento agrado de la plegaria.

En todas partes te veo, te miro allí, siempre y eternamente allí. . . .

En la noche solitaria, sobre la almohada desierta, arrullas mi sueño. En la mañana, en el primer rayo de la luz que baña mi lecho, despiertas mi sueño siempre contigo, besas mi frente nublada por la tristeza y enjugas mis lágrimas.

Eres la sombra de mi sombral
Escribo allí esto, veo tu rostro bello sobre la hoja del papel que suena con el eco de tu voz.

Veo la página entera: tiene tu semblante divino, se borra la letra y surge allí mismo tu mirada, tu sonrisa ideal.

Mi costura, como el paño sagrado de la Verónica, guarda tu imagen: déjame coser, te digo; déjame un momento—¿no ves que me turbo, sueño con tu sonrisa, miro con el alma en los ojos, toda asomada á tu alma? Déjame, te digo, —¿no ves como me turbo en tu presencia?

Todo cae de mis manos: la aguja, el dedal, la pluma, el libro, hasta la hebrilla de seda queda pegada á mi labio, que te sonríe.

Oh, déjame! . . . Tu semblante se alegra, tiemblo al beso de tu amor sublime; sobre mi cuello estremecido. Tu brazo me rodea, me estrecha. Tiembala tu mano en mi mano, tu mano llena de caricias. . . soy feliz, Leoncio!

Entonces el eco grita á mi oído, grita á mi alma: lejos. . .lejos!

Todo queda desvanecido. Era solo un fantasma engañador. El ensueño eterno de la felicidad, que me fascina en el recuerdo. Era la dicha soñada que arranca golpes desiguales al corazón y visiones de supremo desencanto al pensamiento, toques de ilusión mágica y de óptica falaz que se quiebran al despertar dejando el vacío y la triste realidad, la amarga y triste realidad.

Oh, Leoncio! . . .

Voy á enjugar mis ojos con tu pañuelito blanco, lo he oprimido sobre mi labio y he cubierto con él mi rostro mojado en lágrimas, sola en la inmensidad del cielo y de la tierra, sola en el espacio oscuro, ante la luz de mil luceros. Los astros! . . . En ellos también te busco. El más bello eres tú! Lo llamo con tu nombre, le hablo de tí, te mando en su luz diáfana el beso de mi alma. Abarca el cielo con tu mirada y dile á los astros que te cuenten mi cariño. Oh! ellos lo saben porque yo se los he contado mil veces, bajo la sombra de la noche. . . bajo el ala amante del misterio.

MAGDALENA.

AURORA!

Se espera y se sufre.
Todo nos parece el ruido de su pisada: la hoja que cae y suena sobre la yerba seca, el ala entre el follaje sombrío, el eco lejano del río que canta sobre las playas y bajo los sauces verdes, el ruido de picos que se besan, el guardián nocturno que cruza la vereda desierta, todo nos parece su pisada.

En los astros que brillan está su sombra, en el rayo de luna que baña la reja, el jardín y las ramas tupidas:—oh! en todas partes veo la sombra de su cuerpo y siento la pisada de su pié.

¡Y se espera y se sufre!
Calla corazón—no latas tan fuerte!
Calla, que tu latido se oye.
Calla, no descubras el secreto de mi alma.

Tiemblas?
Valor, ahí está. . . se acerca. . . calla corazón, calla!

Creo que me ha llamado;—si, es su voz dulce que ha sonado en el silencio con las sílabas de mi nombre: Leonardol. . . .

Los brazos se extienden—esperan—el corazón redobla sus golpes sin compás. . . al fin estás ahí. . . ven, mi vida. . . .

Nadal. . . solo el vacío. . . .
¿Y su sombra?

Se devaneó en la estela de luz que deja la luna al ocultarse en las alturas celestes.

Era un destello de luz sobre el eterno abrazo de las enredaderas.

¿Y su pisada?

Era el eco de las ramas al chocar, el rumor de las hojas que vuelan, el temblor fugitivo de alas que se acariciaban en el misterio de las sombras.

¿Y su voz?

Era la nota celeste de una música lejana que cruzó la inmensidad y vino como un rumor de su nombre á estrellarse en mi oído, con el acorde de la voz amada. Era la vibración sonora de un coro perdido, que preludió en el viento y cruzó la inmensidad del cielo y del espacio, la eterna inmensidad del espacio—para consolar mi corazón que espera!

Oh dolor! oh eterno é inmenso dolor!

Con que eran mentira todos aquellos sonidos de la noche sin sueño?

No era su pisada, no era su sombra, ni era su voz aquel arpegio que sonó en las ramas?

Calla corazón, calla.

Aparta tus ojos del camino.

Ya no vendrá más.

Cierra tus brazos sobre el seno desierto.

Ya no vendrá más!

No esperes, no llores, no aguardes, mata la esperanza, apaga tu voz en la garganta, llora, sufre en silencio. . .

Ya no vendrá más!

¿Y es posible vivir?

Si, sufre y espera.

He ahí el destino de todas las creaturas, de todos los pueblos, de toda la humanidad entera: sufrir y esperar!

LEONARDO BOADO.

MISCELANEA

El martes dejó de existir el señor Dn. Juan F. Gutierrez, padre de los distinguidos redactores de «La Patria Argentina.»

El señor Gutierrez era muy estimado por su carácter bondadoso, su honradez y la elevación de sus sentimientos.

Acompañamos á su familia en el dolor que experimenta por tan sensible pérdida.

En los primeros días de Mayo la compañía que actualmente funciona en Colon será aumentada con los siguientes artistas:

Tenor: Julio Jannes Marconi.

Primera tiple: Adalgiza Gabbi.

Tiple ligera: Josefina Gargano.

Contralto: Sofia Scalchi Lolti.

Baritono: Senatore Sparapani.

Entre las numerosas palomas que en estos últimos días han tendido el vuelo hácia regiones desconocidas, se cuenta la señorita Maria Herrera, tierna y melancólica poetisa que mas de una vez ha vertido en sentidas estrofas el inmenso dolor de una pasión desgraciada.

Así por lo menos lo asegura «La Nación» en las siguientes líneas:

Ayer por la mañana se ha fugado de casa de sus padres, calle de Garantías núm. 309, la joven Maria Herrera.

La Policía se ocupa en averiguar su paradero.

Don Ramón Santa María ha adquirido en propiedad, por la cantidad de ochenta mil pesos más, un palco bajo del Teatro Nacional.

Divertirse, Don Ramon!

Hemos recibido los originales de una interesante novela de la señora Josefina P. de Sagasta, titulada «La Favorita de Palermo.»

En el número siguiente empezaremos á publicarla.

He aquí la solución del «Salto de Caballo» que ha aparecido en el último número de nuestro distinguido colega «La Ilustración Argentina», y por la que reclamamos un premio que no valga mas ni menos que un *cachorro de tigre*.

Es la primera y la tercia sustancia medicinal.

y la tercia y la primera una especie de *saya*.

Quien sea segunda y tercia por tonto no pasará. . . .

y el todo nombra á un poeta que es mas dulce que el zorzal.

Esto en cuanto á la solución del Salto de caballo, y en lo que respecta á la de la charada que ella encierra creemos que sea la siguiente:

Es *cato* primera y tercia sustancia medicinal;

y *toca* tercia y primera será especie de *saya*.

Quien sea *listo*, es seguro por tonto no pasará,

y *Calisto*—si es Oyuela— es mas dulce que el zorzal.

La compañía dramática que actúa en el Teatro Nacional está llamando la atención del público.

La Pezzana ha interpretado los roles que le estaban confiados en «La dama de las camelias» y en «Teresa Raquin» de una manera perfecta.

Especialmente en el drama de Zola ha hecho una señora Raquin admirable.

Si Zola hubiera presenciado la ejecución habría aplaudido mas que ninguno.

La señorita Diligente también se ha distinguido mereciendo por parte del público muy prolongados aplausos.

Recomendamos á los que no hayan presenciado la representación de estos dramas, que concurren al Teatro Nacional. Merece la pena.

Dice «El Siglo» del miércoles:

«Se ha apresurado el vecindario á responder á la invitación de la Comisión Inspectora Nacional.

Pocas son las casas que no tengan banderas en su frente ó azoteas.

La ciudad presenta, pues, un lindísimo aspecto desde las primeras horas de esta mañana».

Habla «El Nacional» del mismo día:

«El vecindario no ha respondido como sería de desear, al pedido de embanderamiento.

Pocas son las casas que están adornadas, lo que nos explicamos, por que los industriales que son los que mas contribuyen á la ornamentación de la ciudad en las grandes festividades están en su mayor parte preocupados con sus acomodos ó preparativos para concurrir á la Exposición, que hoy absorbe la atención general».

De lo que resulta que la ciudad ha sido y no ha sido embanderada.

Quedamos enterados.

El profesor Montenegro partió ayer para Italia á traer la compañía lírica que actuará en el Teatro Nacional.

En breve llegará á Montevideo la pequeña artista Gemma Cuniberti.

Dará algunas representaciones en el teatro Cibils.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, MARZO 26 DE 1882

LA FAVORITA DE PALERMO

Novela original de J. P. de Sagasta.

CAPÍTULO I.

Ursula.

En el interior de un lujoso salón de un hermoso edificio que se alzaba allá por el año 1840 en la calle de Reconquista, veíase muellemente reclinada en una elegante butaca á Ursula, la mujer mas diabólica y malvada de su época. Era joven y hermosa, pero con esa hermosura que no inspira nada bueno al corazón, que no llega jamás á interesar el alma; era una belleza de esas que hablan solo á los sentidos, llegando á fascinar con la rara audacia de sus encantos; era pálido su rostro, y sus hermosísimos ojos negros é intensos, lucia en ellos con frecuencia un rayo dominador y altivo que subyugaba quebrantando la mas enérgica voluntad y entereza. Era alta, arrogante y sus formas redondas y mórbidas conservaban á pesar de sus veinte y ocho años el encanto provocativo de la adolescencia; su cabello, como sus grandes ojos, era intensamente negro, y su boca fina y algo grande, siempre contraída, y de un subido sonrosado, denotaba la fuerza turbulenta de sus pasiones. Cuando aquella deigada boca se entreabria con una sonrisa, algo pérfido, diabólico, altamente falso y mordaz, se esparcia en sus facciones, parecia que un satánico poder alumbraba aquel rostro, convirtiendo su sonrisa en la fría hoja de un puñal; los agrupados rizos de su brillante cabello caían en desórden cubriendo en parte su frente: con la cabeza echada atras y los ojos entornados, parecia esperar.

Sintiéronse pasos, la puerta se abrió impelida por una fuerza estraña, y un hombre apareció embozado hasta los ojos.

—¿Cómo has tardado?—dijo Ursula incorporándose con lijereza.

Dejóse caer en una silla el recién venido y desembarazándose de su capa, todo es cierto, dijo sin hacer caso de la exclamacion de Ursula.

Los ojos de esta se tiñeron de rojo; su cuerpo tembló y poniéndose de pié:—dime todo, todo, Lucio.

Este sonrió con feroz complacencia.—Sí, dijo,—sí, te lo diré todo; á qué ocultártelo? escucha.

Ursula se dejó caer en el sillón y con los ojos fijos en su amigo, escuchó ávida la voz de éste.

—Andrés ama á Mercedes—dijo.

—¿Como lo sabes?—articuló Ursula temblando su voz de ira.

—Lo he seguido, durante tres dias, lo he espiado constituyéndome en su propia sombra; no puedes imaginarte todo lo que he hecho por descubrir esos amores que tanto te hacen padecer.

Ursula dió con su pequeño pié en el suelo—sigue, sigue dijo impaciente.

—Bien, pues, anoche por última vez lo seguí, á las doce salió de su casa: caminó hasta las Cinco Esquinas y allí se detuvo; llamó á una pequeña puerta y entró; yo tambien gracias al descenso de la triada, entré tras Andrés de Luna; me escondí entre las tinajas de plantas que adornan el patio de la casa y pude ver desde allí á Luna estrechar en sus brazos á una joven bellísima. Aquella joven era, ya lo sabes, Mercedes.—Has esperado mucho, mi vida? dijo Andrés al entrar.—Lejos de tí, mi Andrés, el tiempo que transcurre es un siglo—respondió la feliz amante.

Un grito indefinible se escapó del pecho de Ursula.

Lucio prosiguió—yo no pude escuchar mas porque á la maldita criada se le antojó, sin duda recordando que habia dejado la puerta de la calle abierta, venir á cerrarla, así, abandonando mi escondite, me lancé á fuera.

Ursula, pálida como la muerte, inclinaba su cabeza, donde sin duda rugia la mas negra tempestad, despues dió con su

pié sobre la alfombra, y con una sonrisa estraña sobre su labio carmesí—Lucio, dijo—yo te doy las gracias. . . .

Las gracias!—repitió Lucio con profundo despecho, y nada mas?

—Espera y confia.

—Ese plazo no tiene término.

—Sí, lo tendrá, Lucio.

—¿Cuándo?

—Despues de mi venganza.

—¿Pero, y si no puedes realizarla.

—Sí, la llevaré á cabo.—Ah! tu me ayudarás, y yo soy fuerte tambien para luchar.

—Ursula, tú me engañas.

—Yoll

—Sí, tú no odias á Andrés, por el contrario, lo amas.

—Y bien, si así fuera, crees tú que los celos no traen el odio implacable, la sed de la venganza?

—Luego, á mi no me amarás jamás. seré el instrumento para que tú escales hasta la cima de tus planes; seré tu cómplice y despues me arrojarás, me negarás tu amor, ese amor que es mi única, mi sola ambicion, ese amor por el que cometeria todos los crímenes, todos los delitos y sacrificios que tú me impusieras: Ursula—esclamó Lucio cayendo de rodillas á los piés de esta—dime que seré feliz, que no me engañarás jamas.

Ursula reflexionó—este hombre me hace falta—sí, Lucio, sí, te juro que serás feliz—dijo dejando caer voluptuosamente su cabeza perfumada sobre el pecho de Lucio.

—Oh! recompénsame de esta manera. esclamó el pobre hombre ébrio de felicidad; recompénsame de esta manera y verás si soy capaz de todo por tí.

—¿Y si yo te digo mata?

—Mataré; indícame la victima y ya veras si la tienes sin vida á tus piés.—Ursula hizo un esfuerzo; apartóse de Lucio, aquel miserable que tanto la amaba y que era su cómplice.

Retírate—dijo con voz imperiosa—ya es hora de que venga Juan Manuel—y ya sabes que si él te encontrara aqui,

contarías en el acto la *refalosa*. (1)
Lucio se hizo atrás.—Todos menos yo,
dijo.

—Retírate—eres un desgraciado.

—No me digas eso, Ursula, voy á retirarme como me lo ordenas.

Ursula se sonrió con abandono.

—Mujaderol murmuró.

Adios—dijo el pobre amante—que pases buena noche—y salió vacilante como un beodo. Ursula agitó el cordón de la campanilla—dos minutos después se presentó una joven sirvienta. No recibo, la dijo Ursula. Si alguien viene dile que estoy indispueta.

—Y si es el Señor Restaurador.

—Lo mismo.

La jóven salió y Ursula oprimiéndose el corazón con ambas manos, por qué le amo? exclamó pálida de odio y de amor.—Andrés, Andrés! tú me amarás á yo te sacrificaré. Esa jóven que tanto quieres será mi vengaza—ay de ti, ay de ella! y Ursula con la mirada encendida por el odio se arrojó vestida sobre el lecho.

CAPÍTULO II

La caja infernal

Las sombras de una noche de Junio, protejen dos figuras que, deslizándose furtivamente por una acera de la lóbrega cuadra de una estraviada calle, se detienen en la hermosa portada de antigua hechura y roja como todas las de aquella época, perteneciente a un caseron, cuyo aspecto solo indica opulencia; las dos sombras, que son dos hombres, entran allí. Suena un timbre en la puerta del vestíbulo y la voz de ambos dice á la vez: *Patria y Libertad*. La puerta gira y entreabriéndose, penetran por ella los dos hombres, ambos silenciosos cruzan un ancho patio y deteniéndose al empezar una galería interior, llaman con los nudillos tres veces sobre la puerta cerrada de un segundo saguan—Quién vá?—dijo una voz. Los enemigos de la tiranía—repitieron los dos hombres. Pasad, volvió á decir la voz de adentro, y la puerta, abriéndose, dió paso á los conjurados; estos entraron, uno de ellos guiando, torció á la izquierda, y ambos asidos por la mano bajaron una oscura escalera, aquella escalera terminaba y conducía á un espacioso salon subterráneo. Aquel salon estaba iluminado por la poca luz de una linterna cuya claridad indecisa

1) Nombre con que la mazorca denominaba al dijuello.

iluminaba apenas las figuras de unos veinte hombres vestidos de negro con una cinta azul y blanca anudada en el ojal del levita sobre el ludo del corazón; largos bancos desahados de tapiz rodeaban la sala; una mesa de pino con carpeta de hule negro, sobre la que se veía recado de escribir, y mas arriba un lienzo azul celeste con un letrero formado con grandes letras blancas y que decía: *Los hijos de la Libertad*, vencer ó morir.—colocado á lo alto sobre la pared de enfrente de la puerta de entrada adornaban aquel misterioso recinto. Andrés de Luna,—dijo una voz, anunciando un nuevo conjurado. Andres, que era uno de aquellos dos hombres, adelantó con la hermosa cabeza descubierta y la frente alta, algunas manos estrecharon la suya y una sonrisa de simpatía vagó en todos los lábios.

Bien venido sea nuestro hermano—dijo un anciano de distinguida presencia y aristocraticos modales.

—Al engrosar nuestras filas, prosiguió debéis saber que nuestra divisa es morir ó vencer.

—Lo sé, contestó Luna, con profunda energia, y estoy dispuesto á morir ó romper las cadenas que ligan á todos los argentinos.

—Luego, estáis dispuesto al sacrificio?

—Pertenezco á la Patria; la libertad es mi lema.

—¿Y si mañana fuerais preso y os intimaran revelar el secreto de la conspiración?

—Moriria sin ser traidor.

—Juradlo!

—Por la Patria y por la libertad—y Andrés haciendo sobre sus labios pálidos de emoción la señal de la cruz, hincó una rodilla frente al lienzo azul, murmurando las anteriores palabras.

El anciano tendiendo su mano á Luna, álzate digno hijo de la infeliz Buenos Aires, le dijo, estrechando en sus brazos al nuevo y valiente afiliado.

(Continuará)

SOBRE EL TITULO DE UN DRAMA

Nuestra distinguida é ilustrada colaboradora Eduarda M. de Garcia, ha tenido la fineza de enviarnos para "El Album" las interesantes cartas que van en seguida.

He aquí las breves y afectuosas líneas de que las ha acompañado:

Señor Don Gervasio Montes

Para el Album del Hogar esas dos cartas que creo tienen algun interes.

Con toda simpatía, su compatriota—

EDUARDA.

Señora Eduarda M. de Garcia.

Mi querida amiga:

Me tiene intrigado el título de su drama. Después de la detenida lectura que de él hicimos en noches pasadas, le confieso no me ha dejado del todo satisfecho, el de *Los Carpani* con que lo tiene bautizado.

No que yo desconozca el rol importante de los miembros de esa familia en la trama de esta su segunda produccion dramática, sino que, no siendo ellos el objetivo principal y culminante del drama, la designacion con su nombre, pareceme un tanto defectuosa.

Me esplico sin embargo, el *porqué* de su predileccion por *Los Carpani*:—En ellos se manifiesta esa tendencia, fatalmente hereditaria que constituyendo, por decirlo así, la parte sólida del trabajo, preocupó preferentemente su atencion y la hizo pensar en un principio en *El Atavismo*, como el título mas en armonia con su pensamiento fundamental. Pero con todo, para el lector como para el espectador, el papel de la familia *Barrera*, no desmerecerá del de *la Carpani*, en interes ni en importancia, y es por esto que me parece inadecuado, el bautizo con el nombre propio de cualquiera de los personajes que pone en escena.

Es preciso no olvidar la indole de su drama—Es esencialmente familiar; pero en él no se hace la historia de una familia ni la de un personaje dado. Todas sus escenas, palpitantes de realidad, se desenvuelven silenciosa y sencillamente, sin esforzamiento alguno, en el seno del hogar. Nada de ruido, nada de vocinglerio social: todo queda en la intimidad de esas dos familias, distanciadas por una diferencia de posicion y unidas, al fin, por dos vínculos de acero: la similitud del dolor que embarga á los padres y el puro amor que se profesan los hijos.

El título de mis simpatias será aquel que mas se adapte á la peculiaridad familiarmente íntima de la obra, y siendo así, le manifestaré que cualquiera de los títulos que me indicó primitivamente, *Un drama íntimo* ó *Un drama de familia*, me parece mas apropiado que el de *Los Carpani*, hasta esta fecha triunfante.

Mi opinion sobre este asunto no será seguramente de las mas autorizadas que vd. oiga, pero abrigo la creencia de que será, si no la mas, de las unas sinceras, y como tal espero la aceptará mi bondadosa amiga, cuyo talento elevado la hace desear oír hasta lo que piensan los pigmeos literarios sobre sus obras.

ERNESTO COLOMBRES.

Martes 21

Señor Dn. Ernesto Colombres.

Querido Ernesto:

Que no le gusta á vd. el título de mi drama!

Que no le satisface!

Ni a mi tampoco. Ha visto vd. mi carta á D. Jacinto Albistur publicada en *El Siglo* de Montevideo y reproducida en *El Diario* de esta capital?

En esa carta, entre otras confidencias, me desahogo, me esplayo, me desespero, y quede vd. satisfecho.

Hasta me arrepiento del título *Los Carpani* que di á mi segunda produccion dramática por salir del paso.

Ay Ernesto! Mucho mas fácil es crear, producir, que nombrar; y tentaciones tengo de proceder con este hijo de mi ingenio como se hace en las familias cuando llega la abueita y dice, al ver al recién nacido:—«Que se le ponga Timoteo, el nombre de su abuelo,» haciendo con esto esclamar á la mas joven de las nietas: «Ay abuelita! que nombre tan antiguo, pónganle mas bien Arturo.» Pero papá no quiere nombres de fantasia, y como él se llama Policarpo, cede sus derechos y no acepta nombres románticos. «Pero como ha de llamarse la criatura? pregunta una vecina bien intencionada, y con doliente voz la mamá responde:—«Que le dé el nombre su padrino.»

Buenos deseos tengo de hacer otro tanto con mi nuevo hijo, diciendo: «Que lo bautize su padrino, el público.»

Se me dirá que no es costumbre. Y eso, que importa?

Si no se tratase de una obra teatral, de un trabajo que requiere, para que la ilusion sea completa, se ignore no solo su trama sino tambien su desarrollo, yo formaría un jurado que nombrara, y nombrara bien, este mi *innominato*; pero no es posible hacerlo, por causas que vd. adivina.

Por el momento ya no se llama *Los Carpani*. Está vd. contento?

Puede que nó, pues vd. me sugiere podría llamársele: *Un drama íntimo* ó *Un drama de familia*. ¿Recuerda vd. q' yo quise llamarlo

Amor y Culpa y que alguien me lo desaprobará por tener sabor muy español? Pues ha de saber que lo que es en este momento, casi estoy por bautizarlo con ese nombre.

¿Que diría la rosa si supiera que le habian cambiado el nombre? Es probable que no se le importara y que continuara erguida, fresca y fragante sobre su tallo, como dice el poeta, sin cuidarse de tal cambio.

Si mi drama vale, si tiene elementos de vida, como lo espero, el público lo bautizará con sus aplausos y aun con su crítica, que el artista ha menester, tanto de esta como de aquellos.

En attendant, llámesele *El otro drama de Eduarda*; y basta, que tengo el corazon muy oprimido.

Su amiga—

E. M. DE GARCIA.

Miércoles 22.

LA CABEZA Y EL CORAZON

(Fantasia.)

LA CABEZA

—Le dije al corazon que no gimiera. Y el corazon me respondió llorando: Yo, cerca de la cima, voy cantando, El gajo de laurel allí me espera!

EL CORAZON

—Es verdad! . . . es verdad! . . . yo solo sueño, Mas, prefiero soñar sobre la escoria: A ti la realidad te hace pequeño, Y el sentimiento me dará su gloria!

LA CABEZA

—¿Y qué importa si al polvo tornaremos? Si el abismo voraz todo lo encierra? Si un relámpago somos en la tierra? . . .

Gocemos, pues, gocemos! . . .

EL CORAZON

—¡Silencio! . . . tú deliras vil gusano! Todo debes á Dios, nada al pasado. . . . Con un grano de arena, yo he pesado Todo el orgullo del linaje humano!

LA CABEZA

—¿Q' queremos? ¿qué somos? donde vamos? ¿Porque la agitación que nos devora Palpita en nuestros sueños, si soñamos Y nos dá lo infinito en una hora? . . .

El afan en el alma del viagero, Y el alma por la duda estremecida, La eterna aspiracion por derrotero, Y el eterno combate: eso es la vida!

¿Donde se halla la luz para el camino,

Y dónde; la verdad que la levante? Esólavo del dolor y del destino, ¿Q' es el hombre, un pigmeo ó un gigante? Y Dios?...Dónde está Dios?...Él, que domina Lo insondable, es acaso una quimera? . . .

EL CORAZON

—Si su soplo no alienta y no ilumina, ¿Quién ha dado sus llamas á la hoguera?

¿Quién ha dado perfumes á las flores, Himnos al mar, y notas al torrente?

¿Quién ha dado á la estrella resplandores, Hojas al árbol, sueños á la mente?

¿Quién ha dado á los pájaros sus alas,

Nieve á la cumbre, luz al pensamiento?

¿Quién dió á la selva sus primeras galas,

Vida á la inmensidad, rumor al viento? . . .

Sin la esperanza, sin la fé, qué somos? . . .

Sin el amor, que purifica todo,

Ni sus flores entreabren los aromos,

Ni el espíritu se alza desde el lodo! . . .

LA CABEZA

—¿Y qué importa si al polvo tornaremos?

¿Si el abismo voraz todo lo encierra?

¿Si un relámpago somos en la tierra? . . .

¡Gocemos, si, gocemos!

EL CORAZON

—Yo sé que aqui no encontraré mi palma! . . .

LA CABEZA

—¡Cobarde es el que sufre y el que llora! . . .

EL CORAZON

—Mas allá de la noche está la aurora.

Y es mio el porvenir: yo soy el alma! . . .

LEOPOLDO DIAZ.

¿HA SIDO JUZGADO EL DON QUIJOTE SEGUN ESTA OBRA MERECER?

(Conclusion.)

No dudemos que se adelantaria mucho para tan loable objeto, restableciendo el gusto á los libros caballerescos, no cargados con el cúmulo de patrañas é inverosimilitudes que los desucreditaban, sino reformados como lo deseaba Cervantes (capítulos XLVII y XLVIII de la primera parte), cuando puso en boca del canónigo y del cura la siguiente doctrina: «Con todo cuanto mal he dicho de tales libros, hallo en ellos una cosa buena, que es el sujeto que ofrecen para que un buen entendimiento pueda mostrarse en ellos, porque dan largo y espacioso

• campo por donde sin empucho alguno
• pueda correr la pluma, describiendo
• naufragios, tormentas, reencuentros y
• batallas, pintando un capitán valeroso
• con todas las partes que para ser tal se
• requieren, mostrándose prudente, previ-
• niendo las astucias de sus enemigos, y
• elocente orador, persuadiendo ó disua-
• diendo á sus soldados; maduro en el
• consejo, presto en lo determinado, tan
• valiente en el esperar como en el
• acometer; pintando ora un lamentable y
• trágico suceso, ora un alegre y no pen-
• sado acontecimiento; allí una hermosísi-
• ma dama, honesta, discreta y recatada;
• aquí un caballero cristiano, valiente y
• comedido; acullá un desaforado bárbaro
• fanfarrón; acá un príncipe cortés, valero-
• so y bien mirado; representando bondad
• y lealtad de vasallos, grandezas y mer-
• cedez de señores; ya puede mostrarse as-
• trólogo, ya cosmógrafo excelente, ya
• músico, ya inteligente en las materias
• de estado, y tal vez le vendrá ocasion
• de mostrarse nigromante, si quisiere.
• Puede mostrar las astucias de Ulises, la
• piedad de Enéas, la valentía de Aquiles,
• las desgracias de Héctor, las traiciones
• de Sinón, la amistad de Eurialo, la
• liberalidad de Alejandro, el valor de
• César, la clemencia y verdad de Trajano,
• la fidelidad de Zópiro, la prudencia de
• Catón, y finalmente todas aquellas accio-
• nes que pueden hacer perfecto á un va-
• ron ilustre, ahora poniéndolas en uno
• solo, ahora dividiéndolas en muchos.
• Y siendo esto hecho con apacibilidad de
• estilo y con ingeniosa invencion, que
• tire lo mas que fuere posible á la verdad,
• sin duda compondrá una tela de varios
• y hermosos lizos tejida, que despues de
• acabada, tal perfeccion y hermosura mu-
• estre, que consiga el fin mejor que se
• pretende en los escritos; que es enseñar
• y deleitar juntamente; . . . porque la es-
• critura desatada de estos libros da lugar á
• que el autor pueda mostrarse épico, líri-
• co, trágico, cómico, con todas aquellas
• partes que encierran en sí las dulcísi-
• mas y agradables ciencias de la poesía
• y de la oratoria; que la épica tan bien
• puede escribirse en prosa como en verso.
• Por esta causa son mas dignos de repre-
• sion los que hasta aquí han compuesto
• semejantes libros, sin tener advertencia
• á ningun buen discurso, ni al arte y
• reglas por donde pudieran guiarse y
• hacerse famosos en prosa, como lo son
• en verso los dos príncipes de la poesía
• griega y latina.

Para poner término á este artículo,
concluiré copiando lo que el juicioso
Nicolas Antonio sienta en el § XXVII
del prólogo de su *Biblioteca*, al tocar esta
materia. «No quiero entrar en contienda
con los varones doctos que reprueban
tanto los libros que nosotros llamamos de
caballerías, que los condenan y juzgan
dignos del fuego . . . No intento defender
los que contienen amores deshonestos y
cuentos de viejas sin chiste ni gracia . . .
Pero ¿qué deberemos decir cuando care-
cen de estos defectos, y es útil su lectu-
ra, de modo que pueden colocarse entre
los apólogos y las historias doctas, aunque
fingidas? Así como el *Ciro de Jenofonte*,
el *Aquiles y Ulises de Homero* y el
Enéas de Virgilio son reyes descriptos
por sus autores como héroes, valerosos,
prudentes, piadosos y magnánimos, cua-
les los pintaria un artista en el lienzo,
no como fueron en realidad, sino bajo
el colorido que mejor les conviniese; de
la misma manera nuestros libros repre-
sentan á los caballeros sostenedores de
lo justo y lo recto, enemigos de la tira-
nia y prepotencia, y acometedores de
ilustres empresas. ¿Merecerá por ventura
alabanza un mismo asunto, cuando se
escribe en verso, y vituperio, si se refiere
en prosa? Las fuertes y gigantescas ha-
zañas, así del espíritu como del cuerpo,
que estos novelistas atribuyen á sus fin-
gidos personajes, suelen inflamar tanto á
los lectores en el deseo de la gloria, de-
bida de justicia á las proezas, que sirven
á los que se dedican á las armas, como
de una coraza para fortalecer sus pechos
y sacudir el miedo de las heridas y de
la muerte. Refiere la historia que la
fingida de los libros de esta clase inspi-
ró en el ocio de la juventud á don Fer-
nando de Avalos, marques de Pescara,
el brio que acreditó despues con su-
checos singulares y heroicos en el campo
y en los combates . . . En la época en
que tuvieron principio y agradaron se-
mejantes leyendas, convino sin duda
aguijar el corazon de los militares á la
gloria y el valor. Importa poco que sea
verdadero ó fingido lo que nos propone-
mos imitar, con tal que sirva de verdade-
ro acicate al ánimo, y la imaginacion
se vea burlada con utilidad. Por lo que
toca á las demas prendas de la historia,
si se tratan los amores con honestidad y
decoro, se ponen ejemplos para moderar,
mas bien que para acalorar esta y otras
pasiones, señalando cómo deben haberse
las personas de uno y otro sexo en su

trato y conversaciones, y se describen
otros pasos de la vida social dentro de
los límites del pudor y de la modestia;
no desembro por qué deben mirarse estos
libros como inútiles y dañinos, sino al
contrario los tengo por provechosos y
saludables.”

Me parece que resulta de lo que he
espuesto, tanto con reflexiones propias
como citando las de varones esclarecidos,
y en especial del mismo Cervantes, que
nunca fué ni debió ser su intencion des-
terrar una lectura, de la que bien mane-
jada pudieran reportarse tantas ventajas,
que convino rectificarla y no proscribirla;
y que ciertamente ni las costumbres ni
la parte mas anable del género humano
han ganado con los perversos seductores
y libertinos que han sustituido en las no-
velas á los comedidos y pundonorosos
caballeros de las antiguas. Aunque se
debiera pues al *Quijote* en gran parte un
mal, que lo es de trascendencia para la
sociedad, no puede imputarse con justicia
á su autor, ni menoscabar el mérito de
una obra que reconozco como el primero.
De ella no me causaré de afirmar, parodiando lo que dijo Quintiliano (libro X,
capítulo I de las *Instituciones orales*) del
padre de la elocuencia romana; que cual-
quiera á quien no agrada la inventiva
de tan inimitable historia, el que no aplau-
da sus chistes, no se saboree en las sales
y donaires de su diction, y no se deje
arrastrar por las regiones de lo serio ó de
lo burlesco, de la verdad ó de la ficcion,
que con tanta maestría y originalidad re-
corre su autor; ni ha saludado el estudio
del habla castellana, ni tiene la instrucci-
on y el tacto fino que se necesita para
apreciar las dotes de un libro; y en una
palabra, que debe pronosticar muy mal
de sus luces, conocimientos y gusto, el
que no admira las infinitas gracias y be-
llezas del *Don Quijote*.

VICENTE SALVA.

LEENAR CARILLAS

¿Qué es el cerebro? ¿Acaso alguna
máquina de forjar disparates? ¿Quién
puede decirlo? Ah! se precisaria dema-
siada modestia.

Hay, no obstante, algunos profesores
que disertan sobre sus propiedades aun
despues de haber pasado á la ínfima
categoría de un simple hueso, como

cualesquiera de esos que se arrojan al cajón de la basura. En ese estado este órgano portentoso del pensamiento se llama cráneo, ó calavera en idioma más popular.

¿Qué puede revelarnos de su pasada historia, un pobre hueso gris y silencioso?

En la mano de Hamlet es la sombra que apoya la pompa mundanal y el misero orgullo del hombre, pero en la del sábio es vanidad ridícula que mueve á risa.

La craneología se da la mano con la frenología y el espiritismo, y si quisieramos ser lógicos, diríamos que todo ello es uno.

La frenología, que sin duda porque tiene algo de freno, ha conseguido tantos partidarios, trata de adivinar las facultades morales por las prominencias ó signos exteriores que presenta la cabeza. Esto es ridículo porque se sabe que por compresion en la primera edad, se puede conseguir que la cabeza tome esta ó aquella forma. Bien puede simular después un melón ó una sandía. Un médico esperto podría formarla al gusto de los padres y si aquí variase la estructura que hubiese tenido sin recurrir á medios artificiales no se podría decir igual cosa de las disposiciones intelectuales y morales con que vino al mundo,—la herencia fisiológica y tantas otras causas favorables que son un misterio para la ciencia. ¿Qué sábio podría explicar el hecho de que un palurdo engendre un hombre de talento?

Dicen los penologistas que la protuberancia número tantos es signo inequívoco de propension al robo.

Perfectamente. Supongamos que el individuo X la tiene sumamente desarrollada. ¿No es verdad que para que la teoría fuese verdadera ese individuo tendría que ser ladrón toda su vida? Si ha sido ladrón en su juventud y después se enmienda ¿que significaría la tal protuberancia? . . .

Referir los actos morales á las eminencias ó chichones del cuero cabelludo es razonar con un criterio demasiado falso. Lo mismo equivaldría juzgar la bondad de un vino por la configuracion de la pipa que lo contiene, más razonable, si la palabra *cuela*, es la teoría de Lavater. Este buen suizo publicó una obrita titulada *La Fisonomía* en la cual trata de probar que las fucciones del rostro no son más que un espejo donde pueden

verse reflejadas las ideas que palpitan en el alma.

Esto es claro. Lavater era un gran observador y notando, por ejemplo, que todos los hombres para significar indiferencia, desprecio ó disgusto hacian un mohín con la boca, concluyó que todos los que tenían el lábio inferior levemente plegado ó saliente eran vanos y orgullosos.

Si la observacion es cierta la conclusion es falsa. Así en todo lo demás. ¿Será caso de repetir que el rostro es una eterna máscara?

Nadie trata de negar que el alma dominada por una pasión comunique al rostro cierta vivacidad característica. El que está alegre ríe. El enamorado—en toda la escala zoológica—tiene la piel más suave y los ojos más chispeantes. Pero aquí es el alma que acciona sobre los órganos del cuerpo y según Lavater la "conformación" de los miembros dirige la actividad del espíritu, lo que no puede aceptarse de ninguna manera.

Aquí triunfa el antiguo refrán español: debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor, porque todos los fiatos no son malévolos, ni enérgicos todos los narigones, y de esta guisa en los otros casos que se refieren á la conformación de la boca, orejas, etc.

La craneología es más audaz todavía. Examinando la descarnada calavera se atreve á decir que lo sabe todo. Demencial—Cada vez que examino un cráneo de mujer recuerdo esos huecos de los ombues habitados ántes por solícitas abejas. Ya no hay en ellos miel y panales, ya no acuden las primorosas obreras con sus zumbidos de amor y su esquisita carga libada en las flores de más acre perfume. ¿Y mostrando una de esas aberturas en el rey de la pampa podría hablarse de la vida íntima de la colmena que ántes la habitó?—Pues lo mismo que el hueco del ombú es el cráneo disecado de la mujer. Ya no hay allí pensamiento alado que vaya á beber en las flores de la juventud y la vida la sabrosa miel de las ilusiones. La cabellera, las seductoras formas, todo ha desaparecido. Ah! es el hueco del ombú,—ya no hay miel; ni una gota siquiera: ¡pobre pedazo de hueso! . . . aunque se te interrogara no exhalarías una sola cadencia de amor, tú que fuiste en otro tiempo pañal desbordante de ternura.

Señores sábios: ¿podrías decirme cuántas mentiras habeis hallado en los cráneos

de mujeres que han pasado por vuestras manos?

EL MISMO.

PLUMADAS

Después de una larga ausencia de las columnas de este coqueto semanario, vuelvo á curistrar la mal tajada penola que yacia olvidada en el fondo del tintero.

Mi íntima Estela me ha pedido que escriba y no me es posible negarle nada á esta encantadora parlanchina que vive para desesperacion y tormento de la gente pacífica y tranquila.

Es preciso, pues, escribir, aunque mi antes festivo cascabel no *suene* ahora como en aquellos dichosos tiempos en que charlaba por cuatro.

Razon le sobra á mi amigo Don Macario Mondadientes cuando dice que todo tiene su término en este pícaro mundo.

Y vaya si lo tiene!

No hay nada eterno.

Todo vive, todo muere. Esta es la ley.

La vida es una comedia, pero una comedia triste, que nos hace verter raudales de lágrimas.

Bienaventurados los que no tienen corazón, ni sienten, porque ellos pasarán su vida mascando á dos carrillos.

* * *

La novedad del día y de la noche es la Exposicion Continental.

¿A donde va vd.?—A la Exposicion.

—De donde viene vd.?—De la Exposicion.

—¿Donde irá vd mañana?—A la Exposicion.

He aquí lo que oye vd. á cada paso.

Todo el mundo piensa y habla de la Exposicion.

Nadie quiere quedarse sin ver la gran fiesta de la industria y del progreso.

He dicho que *nadie* y esto es verdad.

Cuando mi honorable vecina misia Policarpa Cabo de Vela va á la Exposicion, bien puede ir cualquiera que tenga diez granaderos con que pagar la entrada.

Y que corte se dá misia Policarpa, reclinada lánguidamente en los descoloridos almohadones de un coche de plaza!

Hay que ver la mirada de soberano desdeñ que arroja sobre su patrona, que

La contempla boqui-abierta, dudando si será la inquilina del altílo, que le debe ocho meses de casa!

—Y es ella, ella misma, no hay que dudarlo. Pero de donde habrá sacado tantas joyas, y ese traje que ostenta? se dice la buena señora aturdida completamente ante el lujo de misa-Policarpa.

La pobrecilla no sabe que *E! Sol de Oro* viste y desnuda á quien lo ha menester!

Por que han de saber Vds. que todo lo que lleva mi vecina, es alquilado en el cambalache de la esquina.

Confiese Vd. que es mucha suerte, el vivir cerca de una casa de viejo, porque puede Vd. comprar y empeñar prendas cuando lo tuviere por conveniente!

* *

Aunque un poco *tarde*, voy á cumplir con el deber de felicitar á mi querida amiga la señorita Marciala Torres, por el brillante exámen que rindió para obtener el diploma de maestra.

La señorita Torres es una jóven ilustrada y de talento, que sabrá desempeñar honrosamente su noble magisterio.

Felicito á la señorita Marciala Torres y saludo á la nueva educacionista argentina.

* *

El domingo tuvimos el placer de oír tocar en el local de la Exposicion, por todas las bandas de la guarnicion la marcha militar (paso doble) titulada "Buenos Aires."

El joven Osvaldo Uriondo, autor de la marcha *Buenos Aires*—de la cual se ha ocupado toda la prensa—merece los mayores elogios, por su nueva produccion musical.

El jóven memorista es un génio.

Componer, conociendo las reglas del arte, no es difícil y cualquiera que sepa tocar pasablemente el piano, lo hace, pero componer sin conocer la música, es ser un génio.

Reciba el célebre memorista nuestra sincera felicitacion por su hermosa marcha *Buenos Aires*.

* *

Y aquí punto redondo.

Hay algo sobre la mesa que me recuerda *Doña Yo* no falta á sus obligaciones, por mas que la picaresca M. T. y Q. digno sostengo que soy una haragana.

Saludo á mi bella amiga *Tijerita* y me despido de las lectoras, hasta otra vez.

LUCIÉRNAGA.

FRUTOS AGRIOS

I

Yendo por la ribera
Del Ibaizábal
Pensando en tus desdichas,
Mi pobre patria,
Sin saber responderme,
Me preguntaba:
¿Por que jay Dios! las naciones
Desventuradas
Que parecen mas libres
Son mas esclavas?"
Y seguia adelante,
Pasa que pasa
Por campiñas y aldeas
Ensangrentadas,
Donde ya no se rie
Ni ya se canta
Desde que tiranuelos
Te despedazan
Y blasonas de libre,
Mi pobre España!

II

Orilla del camino
Vi unas muchachas
Que de un parral cogian
Uvas doradas.
Brindáronme un racimo,
Tomé su dádiva,
Y hallé que eran las uvas
De aquellas parras
Lo mismo que el almibar,
Azucaradas.
"Planta que da este fruto,
Dije al gustarlas,
¿De qué manera vive?
¿Libre ó esclava?"
Y hacía el parral mirando.
Vi á toda planta
Con unos mimbrecillos
Que sin dañarla
No se si sostenian
O sujetaban.

III

Daba sombra al camino
Fresca enramada,
Donde libres é incultas
Se entrelazaban,
Cargadas de racimos,
Vides lozanas,

Entre cuyo ramaje
Revoleteaban
Pajaritos del cielo
Que el nido labran
Donde no tocan nunca
Manos humanas;
Y como viese ociosas
A las muchachas,
Por qué las parras libres
No vendimiaban,
Pregunté, y me dijeron:
"Porque las parras
Que fructifican libres,
Dan uvas ágrias."

IV

Libertad de mi vida,
Libertad santa
Que perdurablemente
Tienes un ara
En todas las conciencias
Rectas y honradas,
Lejos de profanarte
Con mis palabras,
Purificarte quiero
De infames manchas.
No eres tú la que invocan
Hoy en mi patria
Las inconscientes turbas
Desenfrenadas
Y las turbas conscientes
De sicofantas;
Que tú eres la que invocan
Las nobles almas
Que entre el cielo y la tierra
Lloran y cantan.

ANTONIO DE TRUEBA.

LA PREDICCION

I

Entonces era yo muy jóven, y algunos dedos mas arriba de la cruz de mi acero latia un corazon vírgen, impetuoso y ardiente, que ni el hielo del Norte ni el sol abrasador del Mediodia pudieran ennegrecer ni empedernir. Una existencia de contemplacion y estudio, un poderoso deseo de perfeccion, un vago anhelo de volar, de estender los brazos, de elevar la frente, me hicieron mirar con despego y tédio las débiles paredes que limitaban mi ardiente vista. Yo necesitaba mecerme en los brazos de la tempestad, deleitarme en la destructora ira de los procelosos mares que Hornos y Gama traspasaron los

primeros; sentarme sobre la cima de los Andes é insultar con mi vista, desde la cumbre del Chimborazo, á los aères degradados que vieron sin amor ni simpatía mi horfandad y abandonol . . .

Pronto surcaré en paz las irritadas olas, sin tener á mi lado quien insulte mi dolor con su imbécil risa, quien retire la mano al presentarle yo la mia. . . débil esclavo de su poder y vano orgullo, eobarde que mira con altanera sonrisa al desgraciado y tiembla ante el que puede mas que él. —Pues yo no; yo no, no temblaré ni ante la ira de Dios! . . . Mañana partiré para un mundo mas nuevo que este; si allí no hallo inocencia y virtud, á otro mundo me iré; ¿y cuál será este? . . . el cielo.

Era aquel el último dia que hablaba al anciano director de mi conciencia, y á sus tiernas espresiones de amor y consuelo, permanecía yo insensible como una roca. Yo no sé que infernal poder habia retirado las lágrimas de mis ojos y el enternecimiento de mi pecho; mis párpados estaban enjutos y mis mejillas brotaban fuego.

—Pues bien, oh padre, dije al fin, quedad contento; recibiré ese pan de vida y vuestra bendición.

—Dios te dé la suya, jóven insensato, que por una vana curiosidad vas á esportar tus dias.

—¿Y de qué sirven mis dias? . . . ¿A quien le hacen falta? . . . Yo no tengo padre, yo no tengo madre. . .

—Pero tienés hermanos y prójimos. . .

—Hermanos si, y uno á quien amo con delirio; pero él será mas feliz sin mi. Su dicha, su amor, su entusiasmo militar, todo eso, oh padre, se le acabaria á mi lado; porque yo me rio de la dicha de los demas, me burlo de su amor y no entiendo su entusiasmo. Sin embargo, juro que me duele abandonar á mi amado Agustin. . . En cuanto á mis prójimos . . . yo no tengo prójimos.

—¡Blastemol

—Pues qué! ¿queréis que llame prójimos á esos entes que se motan de mis desdichados sueños, que quieren cubrir con sus impiedades mi inocencia; que me han visto muerto de sed y se han reído de mí sin darme agua? Si estos son mis prójimos, tambien son mis prójimos los perros. . .

—¡Hijo!

Aquel dia se pasó como todos para mí, sonando una felicidad que no hallaba, bendiciendo á Dios y maldiciendo á los hombres. Por la noche quise bañar mi

frente en los rayos de la luna, salí al campo y entonces sí, entonces pude llorar.

¡Las lágrimas! ¡ese es el riego de nuestra alma! ¡ese es el rocío del cielo! . . . ¡ese es el bálsamo del infeliz! . . . ¡Entonces sí lloré, me prosterné ante el cielo, entoné un cántico y fui feliz! . . .

Pero un quejido sordo y penetrante llegó á mis oídos y resonó pronto en mi alma. Lanzábase un anciano cuyas venerables cañas abandonaron sus hijos, un anciano enfermo que no podia moverse del banco de piedra que le sostenia. Mis débiles hombros serán tu apoyo, jóven anciano! Yo te llevaré á tu albergue.

Yo le llevé, sí, yo le llevé; y le coloqué en su lecho, y cubrí las nobles cicatrices de su seno con el lino perfumado, y apliqué á sus labios mil saludables bebidas, y pedí á Dios por él, y al cabo de tres dias le volví á la vida.

Entonces me dijo mi amigo:—El bajel ha partido: perdiste mil escudos.

—Pero salvé la vida de un hombre, contesté con altivez

Y una voz celeste dijo entonces: “Jóven, serás muy desgraciado.”

II

Centenares de bajeles, rica y lujosamente empavesados, con infinita diversidad de banderas, cubrian las aguas de la insegura bahía de Valparaíso. Las águilas de Rusia, las llaves de Roma, la oriflama roja de los britanos, las estrellas de los Estados-Unidos, y los tres colores de Francia, lucian en la popa de vistosas naves; todas las naciones tenian allí la señal y muestra de su poderio y grandeza; solo la España, la reina algun dia de aquellos mares, no tenia allí ni un castillo, ni un solo leon, ni una sola cadena pintada sobre el lienzo. El cielo estaba cubierto de espesísimas nubes, negras columnas de densos vapores se elevaban del seno del mar, y las repetidas detonaciones del cañon del inmediato castillo, mas que á saludos de honor se asemejaban á un grito de socorro. Era sin embargo un dia de faustos recuerdos, el aniversario de la independencia de Chile; pero la naturaleza no mezclaba su gozo al justo contento de los libres americanos. Silbaba el viento con una furia destructora, hervia el mar, saltaban las olas entre horror y espuma, y, estrellándose en los costados de los buques, iban á perecer con un bramido, dejando paso á mii y mil que las seguian. Las pesadas áncoras se desprendian de las cadenas y cables

que la tempestad despedazaba, y los bajeles, chocándose entre sí ó estrellándose en las inmediatas rocas, eran hechos millones de pedazos, adornados todavia como para una fiesta.

En medio de aquella escena de desolacion y espanto, que permanecerá grabada eternamente en lo mas profundo de mi corazon, inmóvil yo y sereno, contemplaba desde la ribera aquel magestuoso cuadro de luto. Veia perecer infinidad de hombres, veia agitarse mil arrugadas y horrorizadas frentes sobre las cubiertas de los buques, y nadie, nadie en el mundo podia salvar á aquellos infelices. Distraídamente, sin embargo, me aligeré yo de mi ropa, y me sonreí luego al contemplar mis impotentes deseos.

Una fragata inglesa recorria la bahía con prodigiosa velocidad; descargada ya de cañones y mástiles su peso era muy ligero. Mil veces creyeron los infelices que la montaban ser ya presa de la muerte; las mas diestras maniobras no pudieron hacer mas que retardar la última hora. Por fin se encrespó de nuevo el mar, y la nave fué á estrellarse contra una roca. Yo que la habia seguido con la vista, ví sumirse en los abismos infinidad de hombres. Un joven de magestuosa presencia, quiso no obstante luchar con la muerte, y se agarró á una tabla que el mar arrastraba como una ligera pluma. Ya estaba él infeliz cerca de tierra; pero el cansancio aflojaba sus brazos . . . iba á perecer. Entonces, sin temer ni examinar el peligro, me precipité yo al mar, y agarrando por la cabellera al valeroso jóven, le traje en pos de mí. Una espantosa ola nos arrojó á entrambos, sin sentido, sobre la arena de la playa.

Yo no sé lo que fué de mí durante algunas horas; pero sí que al volver á la vida, me hallé tendido sobre un lecho y que una voz celeste dijo:

“Jóven, serás muy desgraciado.”

III

Y despues, cuando el imprudente padre de la jóven Paula quiso sacrificar su candor, su virginidad, su pureza, á la ambicion y al orgullo, yo levanté mi voz, yo fui el protector de la infeliz, yo seque sus lágrimas.

Y cuando el fuego amonazó devorar la casa inmediata, yo me precipité entre el humo y los escombros, y arrojé con denuedo la última gota de agua en la hoguera.

Y despues, cuando la patria estaba

todavía aletargada, yo fui de los primeros que gritaron: ¡libertad!!...

Y siempre la misma celeste voz me repetía:

"Jóven, serás muy desgraciado."

IV

¡Y la predicción se ha cumplido!...

JACINTO SALAS Y QUIROGA.

MISCELANEA

Con especial agrado transcribimos á continuación un suelto de *El Siglo*, en el cual se hace debida justicia á la distinguido educacionista argentina Clemencia R. Ceballos, á quien el colega equivocadamente llama española.

Esta señora altamente recomendable por sus virtudes é inteligencia, dirige un colegio de niñas en Bell-Ville y ha sido encargada por el ilustrado gobierno de Córdoba, de la parte que corresponde á labores de mano en la seccion que ocupa aquella provincia en la Exposicion.

La eleccion no podia haber sido mas acertada, porque como lo dice *El Siglo* y todos los que han visitado la Exposicion, Córdoba ocupa uno de los primeros puestos en esa clase de productos.

Hé aquí las palabras del colega:

Visitando las diferentes secciones de la Exposicion Continental, hemos tenido la satisfaccion, al llegar á la seccion Cordobesa, de tender la mano, á la distinguida y simpática señora doña Clemencia R. Ceballos, digna representante y encargada de los productos de labor de aquella rica Provincia.

En aquella seccion se encuentran entre muchas otras cosas, una notable coleccion de hermosos cuadros, y labores de grandísimo mérito, trabajados por las niñas del *Colegio Español* de Bell-Ville, cuya direccion está á cargo de la muy competente y distinguida señora que nos ocupa.

Española de nacionalidad, es honorífico para nosotros, como argentinos, el tener que trazar estas próximas líneas en obsequio de quien tan dignamente se asocia y contribuye á la esplendidez y grandeza de la gran fiesta del progreso y de la industria.

La señora Ceballos encontrará en todo argentino el afecto que merecen las personas que como ella, han sabido conquistarse las simpatías generales por su saber y sus bellísimas dotes, al mismo tiempo,

que de aquellos, que como nosotros, agraciados, somos celosos, por el progreso de nuestra querida patria.

Córdoba debe enorgullecerse de estar tan bien representada en una de sus mas importantes secciones; y este orgullo debe estenderse á todo argentino que con el sentimiento del deber y el respeto, miramos en una hija del viejo continente, la activa y entusiasta espositora de los productos de una de las mas ricas Provincias de la República Argentina.

A nuestro distinguido amigo el señor Don Casimiro Prieto y á la señora de Cabrera, les agradecemos los nuevos suscritores á esta publicacion que han tenido la fineza de buscarnos.

La moda ha hecho una revolucion en las cabezas de las mujeres.

Han empezado á pelarse y así se ostentan por calles y plazas.

El corte es mas ó menos hasta la nuca.

¿Quién se casará ahora? Diablol... si todas son *peladas*.

De todas maneras, la nueva moda las sienta muy bien y las hace mas seductoras si cabe.

Para que haya diferencia en las respectivas cabezas de los opuestos sexos, no seria malo que los hombres adoptasen el temperamento de dejarse crecer el cabello.

En el transcurso de esta semana nuestro querido colega del *Correo Español* se ha ocupado varias veces de nuestro Director.

Esta prueba de noble y elevado compañerismo la agradecemos en nombre de Mendez, de la manera mas sincera.

Igual cosa decimos del siguiente suelto que tomamos de *El Demócrata*.

El inspirado vate entrestiano Gervasio Mendez, está en la miseria y, lo que es mas, el vuelo de águila de su alma no puede arrancarlo del lecho del dolor adonde lo tiene amarrado la terrible parálisis.

Aun enfermo, padeciendo atroces sufrimientos, Gervasio Mendez no ha querido ser gravoso á nadie; ha hecho esfuerzos sobrehumanos para ganar el pan con su trabajo.

Al efecto fundó el interesante semanario "El Album del Hogar" que no ha obtenido del público la proteccion que merece.

El espíritu de Mendez irradia claridades

que se traducen en otras tantas notas llenas de fuego, de ternura, de tristeza, de fé, que ni los sufrimientos materiales hacen flaquear.

Pero el cuerpo desfallece falto de la sávia que debe alimentarlo; la miseria, la tremenda miseria, golpea inclemente las puertas donde hay un poeta que llora cantando con melancólica dulzura.

¿Será posible que la juventud argentina deje que Mendez se debata impotente y no reciba una pequeña ayuda en su pobreza?

Esperamos que el grito del bardo enfermo, que hiere dolientemente el oido, no sea escuchado con indiferencia.

Podia levantarse una suscripcion á favor de Mendez.

Por hoy apuntamos la idea.

El sábado 18 hicieron un paseo al cruzado Almirante Brown varias personas del Rosario, que con motivo de la Exposicion se encuentran en esta ciudad. Habian sido invitadas galantemente por el Dr. D. Estanislao Zeballos.

Fueron en la cañonera *Constitucion*, saliendo de aquí á las ocho de la mañana y regresando como á las once de la noche.

El señor Comodoro D. Bartolomé L. Cordero, jefe del Brown, acompañaba á los paseantes.

Hé aquí los nombres de los que iban:

Señor Dr. D. Estanislao Zeballos

" " Ovidio Lagos

" " Edmundo Rosas

" " Ramon Roldan

" " Belisario Sivori

" " Juan C. Garay

" Comisario del Brown, D. Pedro Q. Larrosa

" D. Alberto Ramayo

" " Alejandro V. Murguiondo

" " Alejandro del Carril

Señora esposa del Doctor Zeballos

" de Melian

" " Rucha

Señorita " Clérice

" Maria Zeballos

Señor D. Eduardo Clérice, D. Federico Zeballos y otros cuyos nombres ignoramos.

Hicieron un agradable paseo, llegando aquí sumamente satisfechos de la amabilidad y buena educacion con que fueron tratados por la distinguida oficialidad de nuestro mejor buque de guerra.

Fueron obsequiados allí con una espléndida comida.